

# SELECTA

Año IV—Número 5

Santiago de Chile, Agosto de 1912

Precio: UN PESO



ULTIMO RETRATO DE S. M. LA REINA VICTORIA, DE ESPAÑA

## HECHOS Y NOTAS



HEMOS tenido un espectáculo encantador durante el mes que acaba de terminar: el de una hermosa nevada. Al amanecer, caía sobre la tierra menudo polvo blanco, algo como leves copos de algodón que iban lentamente cubriendo los techos de las casas, de los palacios y de

los templos; el manto blanco se extendía sobre los árboles de los paseos y los cobijaba como suave tul transparente. La ciudad amaneció toda blanca, de immaculada blancura. El Cerro de Santa Lucía era de ideal belleza, con sus árboles que trepaban en un inmenso bosque blanco que ascendía hacia el cielo, encorvadas las ramas bajo el inesperado peso. Desde arriba se veía la ciudad nevada, rodeada de inmenso cerco de nieve, todo albo como túnica de sacerdote antiguo.

En la plazoleta del antiguo teatro jugaban los jóvenes arrojándose pelotas de nieve en guerra despiadada, pero sin muertos ni heridos. Los niños corrían y se revolcaban en la nieve. Algunos se indignaron al recibir inesperados golpes. Pobres de los que tenían que cruzar por algún espacio descubierta—eran blanco seguro de los tiros.—En los paseos públicos los muchachos hacían monos de nieve, ligeras esculturas que vivieron dos ó tres días, algo más que las rosas. De ordinario nadie sabe que en Santiago hay uno de los paseos más hermosos del mundo en el Cerro Santa Lucía; lo dejan abandonado y solitario, visitado tan sólo por los extranjeros que vienen de paso y se van contando maravillas. Por las tardes algunas parejas de enamorados, acaso novios, recorren las avenidas desiertas, por la cuales ruedan las hojas melancólicamente como en las poesías de Millevoje, anunciando las tristezas del destino.

Pero el día de la nevada todo Santiago acudió á presenciar el espectáculo maravilloso, único en su especie, de la ciudad blanca y empolvada como vieja marquesa de antaño. Es verdad que el espectáculo bien valía la pena de madrugar como lo hicieron, de abandonar las tibias del lecho cómodo para contemplar, por un instante, la naturaleza en todo su esplendor inesperado. Era como un desfile de elegancia, de hermosas damas envueltas en pieles, de niñas graciosas, de muchachos alegres. Aquello casi parecía sala de baile, una espléndida y vasta sala en la cual se reunieran todas las clases sociales en confusión democrática.

Cuántos recuerdos surgieron de los labios de aquellos que pasaron del medio siglo; sólo desde la revolución se había contemplado un espectáculo semejante. Eran los días críticos en que los batallones desfilaban por la ciudad preparándose para combatir con los ejércitos revolucionarios que se acercaban y que luego debían triunfar en las batallas de Concón y de Placilla. Doce años han transcurrido, y todo esto se hundió en un lejano pasado—callaron los tambores, muchos de los soldados quedaron tendidos en el campo y nuevas generaciones han venido olvidadas de aquel estruendo.

El invierno tiende sobre la ciudad su manto frío y áspero; es la época en que la sociedad se divierte, en que los salones se abren y los bailes comienzan, en que las orquestas hacen vibrar las notas de los valsos y del *two steps*. Bellezas nuevas se asoman y atraen las miradas y se conquistan los corazones. El invierno es, para los que se divierten, la grande época del año. En el actual, sin embargo, la sociedad ha estado muerta. Ya no tenemos, como en otro tiempo, las deliciosas temporadas de ópera en que nos deleitábamos oyendo un poco de música—último refugio de los que van doblando la colina de la vida. La música es un ali-

mento indispensable para el alma; ha llegado á ser de tal modo necesaria, que sin ella las sociedades se entristecen y decaen. El ánimo nacional no es muy alegre que digamos—basta con asistir á cualquier paseo público para notar la apatía, el silencio que domina entre nosotros, tan distinto en nuestra manera de ser de las demás tierras americanas, todas de alegría y de luz.

La falta de ópera ofrece además un problema de interés social del cual no es posible prescindir en absoluto, como entre nosotros se hace. Las niñas solteras tienen pocos espectáculos. No es posible llevarlas á cualquier pieza dramática, pues á lo mejor se encuentran con algunas de escándalo tremendo, con esas complicaciones sentimentales, necesarias para el público parisiense, que necesita pimienta roja para sus paladares estragados y situaciones fuertes para los que ya lo han visto todo, todo cuanto es posible ver en este mundo.

No figuramos, por cierto, entre aquellos que si pudieran suprimirían la mitad del teatro contemporáneo, sobre todo el francés, pues hallamos en él muchas bellezas; pero, al mismo tiempo, juzgamos que no es posible llevar á las niñas solteras á la primera pieza que se represente, aún cuando sea dada por espléndidos actores. Hay ciertos puntos de delicadeza moral en los cuales debe ser respetada el alma de una joven. El solo hecho de plantear ciertos problemas sociales que aún no se han presentado en sociedades jóvenes como la nuestra, arroja cierta levadura de corrupción en las almas: las familiariza con ideas que deben serles ajenas del todo en los primeros años de la vida.

Por eso, en Europa, existen teatros como el de la Opera y el de la Opera Cómica á los cuales asisten principalmente las niñas, seguras de que no habrán de hallar nada inconveniente. Allí pueden escuchar buena música y contemplar un espectáculo sano, á la vez que practican el arte del "flirt". El teatro de Opera ha sido en Chile una institución eminentemente social y forma parte de nuestra vida, casi tanto como las sesiones de las Cámaras para los políticos de oficio. No todas las niñas pueden asistir á reuniones de lujo, sea por falta de relaciones ó de trajes; el teatro viene á ser para ellas el marco en el cual se puede exhibir una hermosa pintura. Necesitan ver y ser vistas—en eso estriba su porvenir y esa es su función natural. La mujer nace para ser bella, para encantar y para seducir, para conquistarse un marido, formar un hogar y una familia. De aquí los sacrificios á menudo inmensos que los padres hacen para procurarles un abono de teatro; por eso hemos visto los precios locos que se han pagado por las letras del abono A. Y no es posible que esos padres, después de tantos sacrificios, queden defraudados en sus expectativas tan legítimas y tan justas.

Los antiguos abonos de ópera fueron de cien funciones: bajaron luego á ochenta, en seguida á cuarenta, y ahora la ópera aparece tan lejana como la moneda de oro de la conversión metálica. Tenemos, sin embargo, un teatro magnífico, el Municipal, que puede figurar con honra al lado de los mejores del mundo, por la elegancia de la sala y por la distinción de la concurrencia, ya que no por las comodidades que ofrece, pues tiene la peculiaridad de que los asistentes tiritan de frío como si estuvieran en depósito de carne congelada.

El remate de llaves produce ahora sumas considerables á la Municipalidad, justo es por consiguiente que se procure á la sociedad de Santiago las diversiones y espectáculos que desea.

LUIS ORREGO LUCO

# UN SACRIFICIO



Después de un minuto de silencio, oyóse la voz grave del canónigo que decía: Yo creo que es el amor.—Cuatro cabezas maravillosas se alzaron en torno de la mesa de juego, bajo la suave luz de una lámpara.

—¡El amor!—prorrumpió el conde irlandés, indignada.—Yo he tenido una hija en el mismo estado venturoso y esas distracciones y suspiros no eran sino como un preludio de los futuros éxtasis. Ahora es una santa, en un convento del Norte.

La partida de whist que se jugaba todas las noches en el casti!lo de la marquesa Villiers-Doisnay d'Aubentel, estaba definitivamente cortada por aquella vez. La palabra amor había arrojado como un maligno sortilegio en aquella reunión de ancianos.

La marquesa guardaba silencio, intensamente preocupada por lo que dijeran sus amigos, los únicos y últimos de su vida.

—Pst! no hay que darle tanta gravedad á cosas de chiquillas! Para mí todo esto no es sino un capricho pasajero—fué el consejo del Barón.

—Margarita tiene quince años—susurró la Marquesa.

—¡Pero si no vé á nadie, si vive completamente encerrada!—exclamó la señorita Adolfiná, levantando hasta las orejas sus flacos hombros de solterona, mientras ladeaba la cara y abría mucho los ojos.

—No importa—objetó el sacerdote, en voz baja.—Bien sé que no puede amar á nadie determinado; pero piensa en el amor, sueña con el amor. El confesonario me ha enseñado muchas de estas cosas que podrían pasarnos inadvertidas á nosotros. Por lo demás, San Agustín lo dice: “Yo no amaba aún, pero amaba amar...”

En el ángulo obscuro del vasto salón feudal, la joven recorría con dedos lánguidos las teclas de un viejo clavicordio; y ponía en los sencillos acordes tal dulzura melancólica y tierna, que tácitamente los viejos asintieron á la opinión del canónigo.

Viendo el camino expedito, el sacerdote prosiguió:

—Pues ya que estáis de acuerdo conmigo, ayudemos á la Marquesa á buscar un... una solución...

—Ni lo penséis, amigo mío. ¡Una niña sin dote! Antes el Rey la habría dotado; pero ahora...

—¿Y bien? Conozco á alguien que no pediría más que desposar á esta niña sin dote...

Advirtióse en aquel momento que Margarita tocaba muy bajo y la conversación se hizo más queda, viéndose sólo, á la distancia, que la marquesa movía enérgicamente su cabeza blanca, con repetidos signos de negación.

Margarita era franca y esa misma noche le confesó á su madre que había cogido un trozo de la conversación y le preguntó de lo que se trataba. La señora no quiso ocultárselo. Se trataba de un proyecto de matrimonio del cual se había encargado al señor canónigo: el joven que deseaba desposar á Margarita, sin dote, era un M. Chamerot, el cual, á los treinta años, se había hecho conocido como el más rico relojero de la ciudad.

—Tú comprendes—prosiguió la marquesa.—Yo no he querido oír ni una palabra más: mi hija no puede ser Mme. Chamerot. Y ya que estamos tratando de este punto, es preciso decirte todo lo que pienso. Según las leyes vigentes, tienes el derecho de compartir con tu hermano la miseria que nos resta de nuestra antigua fortuna; lo cual no es, por cierto, bastante para que puedas encontrar un partido conveniente. Los verdaderos gentileshombres se hacen cada vez más raros, y aquellos que han conservado su honor intacto, casi siempre no poseen otra cosa. Casarte con cualquiera de ellos sería condenarte á una miseria que ya nuestro nombre ha sufrido demasiado tiempo. Quédate entonces la elección entre los nobles ricos, pero deshonorados, comprometidos en vergonzosas concesiones, ó entre estos viles “parvenus”, como Chamerot.

—Tienes razón, mamá.

—Mi querida hija, conozco la altura de la nobleza de tus sentimientos y por eso voy á atreverme á proponerte otro sacrificio. No ignoras que el marqués vive apenas con la pensión que le paso. Lleva un gran nombre y es preciso que se rodee de cierto lujo, que se dé su rango; lo cual no será posible sino entregándole todo nuestro capital. Ya me comprendes. Se trata de reconocerle el antiguo derecho de mayorazgo, que es suyo aunque las nuevas leyes lo hayan derogado.

Los ojos de Margarita se llenaron de lágrimas y esta vez ella sabía perfectamente por qué tenía deseos de llorar. A la idea del matrimonio, como un velo se había descornado ante sus ojos y presentía confusamente que su inexplicable melancolía era originada por necesidades del corazón y exigencias de la naturaleza. Escuchando á la Marquesa, había experimentado un deseo, obscuro aún, pero más preciso que sus vagas languideces. Al mismo tiempo, una gran tristeza por aquella dicha posible y desconocida que iba á perder para siempre le invadía lentamente el alma. Fuéle preciso un gran esfuerzo para tenderle la mano á su madre, diciéndole:

—Sí, madre mía, la he comprendido: no me casaré jamás.

Como si la Marquesa no tuviera otra cosa que hacer en la vida, á poco de esto cayó enferma y luego comprendió que se moría.

En el lecho de muerte, en presencia de su hermano el Marqués, la joven renovó solemnemente su juramento de no contraer jamás matrimonio.

—Gracias, hija mía. Ahora puedo descansar tranquila...



No obstante su egoísmo de niño mimado, el Marqués no pudo menos de exclamar:

—¡Pobre hermana mía!

—Ay!...—exclamó la moribunda, lanzando un penoso suspiro.—Es cierto... pobrecita... ¿qué va á ser de ella?

—No se inquiete, mamá; entraré á un convento.

—Sí—dijo la anciana—Jesús es el mejor esposo.

En seguida, con acento sereno:

—Escúchame—murmuró.—Tu abuelo legó grandes sumas á las Carmelitas. Entrate á ellas. La regla es más estrecha, la existencia más penosa; pero te recibirán sin dote. ¿Comprendes? Sin dote...

Fué su última palabra.

Algunos meses más tarde, Margarita entraba al Convento en las condiciones previstas por su madre y tomada el nombre de "Hermana Doctrouve". De esta manera, dejó íntegro su patrimonio al Marqués Pedro de Villiers-Doisnay d'Aubentel.

—Yo había adivinado esta vocación—dijo el Conde O'Græme, después de la toma de hábito.

—Por mi parte—dijo el canónigo—apenas creo en ella... aún ahora... Margarita era tan alegre... Dios me libre de poner en duda la santa inspiración que la ha guiado! Pero acaso ha sido demasiado ligero. Ni siquiera me consultó á mí...

—Siempre me pareció—dijo fríamente el Marqués—que mi hermana era poco aficionada al convento.

—Perdón!—replicó el canónigo.—Sé positivamente que no pensaba en tales cosas hace unos dos meses. Sentíase afectada por algunas turbaciones enteramente físicas, muy naturales á su edad y que hacían presumir un desenlace bastante distinto. Se trató mucho de casarla. Yo mismo le llevé á la Sra. Marquesa, vuestra madre, la proposición de un bello partido, sumamente rico; pero la señora no quiso admitirlo porque se apellidaba Chamerot...

—Mi madre era exagerada en esas materias—dijo el joven, cuyos principios noviliarios se habían debilitado mucho con el trato y la promiscuidad de la Escuela.—Creedme que si yo hubiera sabido... por lo menos lo habría pensado un poco. Acaso mi madre no hizo del todo bien; pero de todas maneras, Margarita debía haberse puesto firme...

—Estas muchachas son más duras de cabeza...—comentó el Barón de la Chenardiére.

De esta manera el sacrificio de Margarita quedaba desconocido por todas aquellas personas que hubieran podido adivinarlo y, desde luego, era rechazado por el mismo á cuya suerte se consagró.

.....

Pero la hermana Doctruvé no podía sospechar tales injusticias.

Ahora estaba entregada en cuerpo y alma á la delicia de haber cumplido su juramento, elevado sentimiento que reemplazó en un principio su falta de verdadera vocación.

Sin embargo, Margarita era demasiado sana, tenía una salud demasiado carnalmente robusta para soportar la regla de largas oraciones que imponen el éxtasis.

Sufría con frecuencia accesos de nostalgia y tristeza, no por su conducta, sino por el bien desconocido á que renunciara, y que se le aparecía más tentador por lo mismo que lo veía á través de los mirajes de su imaginación ignorante. Recordaba de continuo sus vagos deseos de otro tiempo, iba

estudiándolos y precisándolos, á pesar de sí misma. Comprendía lo que significaban esos misteriosos y profundos llamados de la naturaleza. Sin ninguna imagen impuraba, soñaba con ser esposa amada y madre amante. Formábase el cuadro de una vida luminosa, libre, acompañada y llena de ternuras, sin que jamás pudiera convencerse íntimamente de que el amor fuera culpable.

Por una sofistería de la conciencia, muy explicable en estas vidas entregadas á sutiles meditaciones, hallaba hasta un placer y un mérito místico en exagerarse las felicidades de la vida fuera del convento, para pensar en seguida en cuán grande sacrificio había realizado. Mientras menos aptitudes se descubría para la existencia monacal, más orgullosa estaba de forzarse á ella.

Sumergíase desesperadamente en estos dolores y revolviendo las espinas de su herida encontraba un placer extraño y bárbaro, como el del mártir á quien le redoblaran las torturas.

A la larga, no obstante, este mismo goce perdió su vivacidad.

La monotonía inquebrantable de la vida conventual hizo enmudecer hasta el último eco de vida que vibraba en el corazón de la joven.

Margarita se convirtió cada vez más en "la Hermana Doctruvé", en una humilde y silenciosa carmelita entregada por completo á las innumerables prácticas que ocupan todos los instantes y absorben todos los pensamientos de las monjas. Su salud se agotó en la fatiga de las oraciones interminables, de las

genuflexiones repetidas, de las largas prosternaciones sobre el mármol de la iglesia. Su sangre rica y juvenil se empobreció con la alimentación debilitante y los ayunos repetidos. Perdió el color de las mejillas, el brillo de los ojos, la viveza de los movimientos, consumiéndose pálida y transparentemente como un cirio.

El espíritu le cambió como el cuerpo. A medida que su cuerpo se afinaba, sus ideas iban despegándose de la realidad viviente para tornarse hacia un mundo invisible. Se hizo complicada y llegó á reprocharse como un pecado el puro placer de su noble sacrificio. Conoció los arrobamientos celestiales, el abandono completo del ser en el seno de Dios.

Un solo pensamiento mundano subsistía en su alma, como esos grandes árboles, de profundas raíces, que decubren la copa por sobre las más grandes inundaciones, y era la satisfacción de que su sacrificio había sido útil á los Villiers-Doisnay d'Aubentel.

Las noticias que recibía de su hermano reavivaban de tiempo en tiempo esta postrer llama humana. Ayudado por su título y el rango que se podía dar comiéndose su patrimonio, el Marqués había franqueado pronto los grados subalternos y ahora tenía el de capitán y formaba parte del Estado Mayor. Próximamente sería enviado al Africa, con una embajada importante. Joven, inteligente, feliz, podría contraer un buen matrimonio que levantaría y perpetuaría el linaje de los Villiers. Y la hermana Doctruvé se complacía en recibir estas noticias y no podía impedirle pensar



que todo esto era obra de ella y justa recompensa de su heroico renunciamiento.

Fué despertada de este sueño por un golpe horrible: una carta de su hermano, lacónica, seca, le participó que iba á casarse con la hija de un banquero judío diez veces millonario.

La desilución fué tan violenta que la hermana Doctróuvé estuvo por perder la razón. No podía concebir que la justicia divina permitiera tal abominación. ¡Y para esto había sufrido, y se había condenado... porque no le era posible negarlo más, ella no había entrado al convento de buen grado, sino por fuerza, sin vocación, sin deseo... Había renunciado al amor, á la libertad, á la familia, á la vida, había aplastado con mano de hierro sus más secretos y acaso sus más deliciosos proyectos... Y ¿para qué? Para que el último Marqués de Villiers-Doisnay desposara la hija de un judío... Para darle una hermana judía á ella que había renunciado despreciativamente la mano de un burgués cristiano y bueno!

Quiso revelarse, gritar; pero todo no salió de su alma íntima. La disciplina del convento no podía ser perturbada. El hábito comprimía sus movimientos internos con más fuerza que una coraza de hierro. Pero por dentro, aquello fué haciendo su obra.

No murió en seguida. Continuó practicando sus devociones como la rueda que sigue caminando después de cesado el impulso. Era una máquina. Rezando, hincándose, leyendo ó conversando con las otras monjas, no hacía más que repetirse interiormente:

—La hija de un judío... de un judío... Todo acabó!

La muerte vino, por fin. Agotada, desfalleciente, con las transparentes manos sobre el hábito negro, permaneció muchas horas como aletargada, respirando apenas. Solamente en el momento supremo murmuró:

—Haberlo hecho todo... ¡por nada!

Y luego esta palabra sublime y absurda, compendio de su vida:

—Acaso los sacrificios inútiles son los más bellos...

JEAN RICHEPIN



BAÑANDO  
CABALLOS



LAUREANO  
BARRAU



CLAVELI-  
TOS

MANJEL  
BENEDITO

LA NIÑA DE  
LA CESTA



EUGENIO  
HERMOSO

## EN LA GALERIA EYZAGUIRRE

Desde mañana se exhibirá en la Sala de Exposiciones que los señores Eyzaguirre tienen en la calle de Bandera, un escogido grupo de cuadros de las primeras firmas españolas contemporáneas. Publicamos las fotografías de ellas, que sólo darán al lector una pálida idea del mérito de las obras expuestas, por ser precisamente la riqueza de colorido, que es la característica de los pintores españoles, lo que no puede presentar la fotografía.

En la Exposición Internacional del Centenario nuestros *amateurs* tuvieron ocasión de admirar los cuadros de Benedito, Rodríguez Acosta, López Mezquita, y otros que han quedado en nuestro Museo, y cuyas firmas verán de nuevo en la Galería Eyzaguirre.

Los demás pertenecen á Urgell, Román Ribera, Baixeras, Graner, Barrau, etc., igualmente conocidos de nuestro público.

LA YUNTA



EDUARDO  
CHICHARRO



EL ANTI-  
CUARIO

LOPEZ  
MEZQUITA



CABEZA DE NIÑO (agua fuerte)

Por Geo



# CASO



(UNA VIDA EN UNA CARTA)

(Para el abuelo Galdos).



QUERIDO Juan: todavía—y eso que tienen eco de años estas palabras—pareceme cirte con tu voz de metafísico en ciernes, prematuramente campanuda y tonante, decir, allá en los años de nuestra primera juventud: “Chico, tu psicología es de enmarañada urdimbre...” mientras hacías amago de retorcerte el hipotético bigotillo, que había de darte, según tú habías soñado, olímpica presencia. (Y perdona lo desacertado de la comparación, ahora que recuerdo que algunas de las divinidades famosas, estaban más rasuradas que cualquier hombre del Norte).

El tiempo,—gran sancionador de frases oportunas,—ha venido á darte la razón, y yo mismo, á ratos perdidos, cuando una vida agitada y laboriosa me permitía volver hacia mí mismo, los ojos del espíritu, no dejaba nunca de exclamar: “¡Qué enigmático y tornado soy!...” Porque habrás de saber, que yo, pobre abeja intelectual, rebusadora en éste nuestro bajo mundo, de almas—modelos en que libar material copioso, para mi último estudio psicológico, olvidaba siempre—hasta hace poco—una autoinspección, que me asegurara, si podía ó no, servirme de modelo... Fué en el mar—¿cuándo más oportuno?—donde me asaltó el deseo de concentrarme en mí mismo, de olvidarme del mundo exterior durante algún tiempo, para dedicarme, á aplicar al ofio del alma, mis propios recuerdos, para saber—como en las caracolas—qué sonos habían conservado del oleaje del mundo... Fué un mes de completa soñación en pleno océano... Asomado á la ventanilla del camarote, como á una tronera con vistas al infinito, pasaba horas y horas, oyendo la sinfonía bárbara con ojos de llanto, de las olas encrespadas, que allá á lo lejos sacudían sus cabelleras de espuma, y contemplaba el azul inmenso, con la misteriosa atracción que contemplaba á mi rebelde espíritu; y de la imaginación, llevadas en volandas por el recuerdo surgían las diferentes etapas de mi historia, algunas de las cuales volvieron muy tristes de la apenada alegría del actual vivir.

Las ondas revueltas, bañándose de sol, portadoras igualmente del tesoro del naufrago, parecíanse á mi íntimo donde toda impresión se agigantaba; que igualmente que las ondas se alzaba amenazador, se erguía fiero... para ir á deshacerse mansamente en la playa, dejando en su beso á la arena, inmaculada huella de espuma...

...Porque ¿qué más he sido yo, que un niño grande?... Los que presumían de psicólogos, me han llamado escéptico, desconfiado, egofista... las culturas elementales, me denominaron “hurón”... los criados, que no me vieron llorar cuando murió mi madre, cuchichearon entre sí, la palabra “fiera”... Y yo, que sentía el corazón pulverizarse en el pecho, oprimirme los pulmones hasta acercarme á la asfixia, el cerebro presto á estallar, y tambaleándome cual ebrio, sólo pude depositar un beso en la frente de mi muerta... y alejarme, para ir á ocultar mis primeras lágrimas, que me avergonzaban grandemente, porque mi espíritu no comprendía, que un hombre no fuera capaz de sorbérselas...

Sirva este desahogo para dar lugar á decirte, que yo, como escritor, había puesto una especie de venganza jactanciosa en no comunicar jamás mi alma á ese “vulgum pecus”, á ese público vulgar que tan vilmente me falseaba, y que tan sin razón me desconocía... (Objeto de mis sardónicos comentarios ha sido siempre, que sea éste, nuestro presuntuoso siglo, que á sí mismo se denomina metafísico, el que más juzgue hombres y hechos por la vitola).

Un día me arrepentí, y como las criaturas de mi genial escandinavo, *me busqué á mi mismo*, hurgué en el fondo de mi conciencia, hasta dar con mi “yo” sentimental, psicológico, humano...

¿Lo creerás?... Este auto-retrato moral, supuso mayor trabajo, que los innumerables tipos ajenos, creados por mi experiencia ó por mi ensueño...

Consulté mis estados de alma, las alternativas de mi vida, los altibajos de mi juventud, los desengaños de mi virilidad, é hice de todos ellos un tan fidedigno recuerdo, me sentí en la obra de tal modo, que... sonreí al reparar mis páginas infantiles... y lloré al recorrer mis memorias de hombre...

Un día—por fin—tracé el final, y con calma angustiada, lancé el mamótreto al mercado... Por compasión al lector, suprimí el zaguán y la puerta de escape, que creo, son los únicos nombres que á los modernistas les quedan por dar, al prólogo y al epílogo...

Los varilargueros de la crítica, recibieron á mi engendro, pica en ristre: cada puyazo que hincaban en el satinado papel—¡pues fué edición de gran lujo!—desgarraba algo de mi alma... Pero ¿cómo podía no ser, cuando allí la había puesto toda entera?...

Los más perspicaces, dijeron “que el distinguido autor, dejaba sorprender, en la obra, algunos *atecos* de su alma compleja y mue-

lle de soñador empedernido"... ¡Ignorantes!... ¡aleteos!... cuando quizá por volar más arriba de sus cabezas, no habían sorprendido el batir de sus alas, en pleno y romántico vuelo!...

Ya casi habían cicatrizado mis heridas de amor propio, y me había yo,—¡pobre impulsivo!—reconciliado con mis colegas mordaces, cuando, entre periódicos extranjeros y revistas cosmopolitas, cartas de amigos y pedidos de editores, me sorprendió el hallazgo de un albo sobre de roja nema, donde, una letra, demasiado firme para ser de mujer, y de sobra cuidada para ser de hombre, esperaba resignada á que le llegara el turno... ¿De quién sería?... Tal vez de un admirador lejano que pedía el consabido autógrafo... y con rasgado además deshice la envoltura y puse la misiva ante mis ojos.

Yo, distraído y despreocupado por instinto, leí y repasé esa carta, sorbiéndola con los ojos, deseando encontrar en ella algún resquicio por donde atisbar pudiera. Quién sería esa mujer, que tenía un alma mezcla de artista y de ángel.

Yo, despreciativo y burlón para con el dios alado, sentí sus leves y sutiles martilleos, cual trabajando ya en la erección de mi altar á esa mujer antes que reconocida, amada...

Un mes entero, intrigado hasta el exceso, no hice más que conjeturas... Mil y mil veces me sorprendí ante el espejo... y ¡cómo lubieras reído al encontrar al cincuentón autor de "*Suposiciones*", tratando de ocultar unas atrevidas canas, que visten "*de alivio*", al característico mechón que siempre se alza, sobre mí—por los frenólogos—tan alabada frente!...

Yo que nunca había repasado ni con la mirada mi guardaropa, le hice repetidas visitas, para inspeccionar mi "*attrezzo*". La fantasía de mi criado, llamada en auxilio de mi inexperiencia en elegancia, formó, con las diferentes prendas de mi vestuario, mayores—no mejores—combinaciones, que con los colores hace un prisma...

*Jacquettes* negros, con pantalones de color, botines mezcla de charol y paño con calados calcetines, sombrero "Frégoli" con obscuras americanas... ¡Qué se yo!... Hasta el punto de que los amigos en el café me daban palmaditas en el hombro, llamándome Boni de Castellane y Eduardo VII!...

Un día, sin embargo—vil prosa de la vida—en que mi flamante chaleco se ornó con una fenomenal mancha de tinta, juré que volvería á las andadas, y que la mujer que me quisiera, había de ser por mí, no por mi zapatero ni mi sastre... Al día siguiente pedí mi democrático cuello de "palomita" y mi sempiterno "complet" de paño gris. Pero no tuve desastrado mejor suerte que currutaco: mi heroína no asomaba por ninguna parte.

Una tarde, sintiéndome contrariado, empecé por centésima vez á releer la tan embrojada carta... La vida junto á su autora se me antojaba redivivo paraíso donde saciar mi anhelo de paz idílica. La fusión de nuestras dos almas, había de producir—¿quién lo dudara?—la más ideal comunión de espíritus que el alma de un Musset soñar pudiera. Sin embargo, la imaginación desatada, empezó á aportar comentarios, y en mi íntimo—entre ilusión y experiencia—se inició una controversia animadísima, de la que resultar debiera... un desengaño forzoso... Que al poder de un minucioso análisis, no resiste *nada* en esta pobre tierra, y mucho menos el amor... que es como la cigarra loada por los vates de Grecia, que cantaba solamente en un estío...

—Logra ese cariño, para con él llenar su pobre espíritu de luchador infatigable, siempre en la penumbra—decía mi ensueño.

—Desprecia ese amor que no sale abiertamente á su encuentro—argumentaba la lógica.—¡Poseerlo! ¿Y después?... ¿No comprendes, pobre niño grande, que en amor no hay más que una disyuntiva desconsoladora: ó nos mata ó muere?...

La desazón de la combatividad me escarabajó durante días y noches seguidas... ¿Renunciar á la búsqueda de ese cariño?... ¿Entregarme por completo al culto de esa ilusión por misteriosa, más infinitamente amada?...

Una tarde—por fin—cuando arrellanado en mi butaca, trataba de fallar en definitiva, mi criado me anunció que un caballero reclamaba verme á título de negocio urgente. Grande fué mi sorpresa al encontrarme cara á cara con un mono, fiel remedo de un tarro de pomada, que pseudo-artista y rampón coplero, decían

por esos mundos de Dios, querer arrojarte el título de fundador de una escuela literaria. Pues bien, con desenfado y arrogancia, montó á horcajadas sobre una silla, sacó un cigarro y encendiéndolo exclamó:

—¡Maestro!—ya sabes que estos pedantes, prodigan la palabra por si alguien tiene la malaventurada idea de la reciprocidad—soy un escéptico, soy un vencido de la vida... El último jirón de mi fe, usted me lo ha arrebatado; usted, á quien yo creí un hombre-eje, un hombre-nervio, y que me ha resultado, como todos, mísero idolillo de barro!

Por la memoria de mi madre, te juro, que si el doctor Zamenhof en persona, hubiera espetado en mi despacho una homilia en su pintoresca lengua, me deja menos perplejo que aquel petimetre repulsivo....

Con ansiedad creciente le dejé asegurar la hebra, y me fué contando entonces, cómo en el café, con ocasión de la salida á luz de mi novela, se me había tendido una emboscada. Cómo, dividiéndose en dos partidos, habían los unos asegurado que yo, falto de honradez, había falseado mi espiritual figura, dándole toquecillos románticos, que estaban muy lejos de aparecer en el original, cual mercantilista prosaico que explota el filón de la sensiblería de los lectores. Y poco á poco, con osadía sin nombre, fué relatando el ardor de la carta redactada en común, para que fuera señuelo al que había de acudir mi sensibilidad—dado el caso de que existiera—y piedra de toque que había de poner en claro la discutida ley de los sentimientos de mi alma...

—Yo, maestro—terminó,—era de los que opinaban que la conformación atlética de su espíritu, rechazaría á primera vista tan innoble lazo; que usted, escéptico patricio del ingenio, alejaría de su mente la tentación de correr tras una aventurilla vulgar, como cualquier plebeyo de rudimentario intelecto...

Y levantándose, estrechó mi mano con sacudida vigorosa, dándome tiempo, al hacer, ya en la *portière*, profunda y cortésana reverencia, á que yo llamara al timbre, anunciando al criado que debía abrir la puerta...

Anonadado, confundido, la vista extraviada, volvía de aquí para allá mis ojos, paseándolos con inconsciencia en todos los objetos del despacho, que miraba sin ver...

Una tristeza letal me invadía... Espiritualmente una onda de amargura me bañaba... Y allá en el cerebro, con monotonía desconsoladora, danzaba una idea ajena, residuo de mi última lectura: "¡Defendamos el consorcio que forma parte de nuestra alma!" ¿Acaso lo había sabido yo defender?...

Esa noche soñé con Laura, con Beatriz, con Eleonora... con Gioconda y Margarita. Y cuando tan deleitosas figuras se habían ocultado, apareció el taciturno Dante, coronado de Laurel, envuelto en los hieráticos pliegues de su clámide, y apuntándome con descarnado dedo, me dijo: "¡Salve poeta!... Los dioses te han dejado de su mano. Tu obra maestra no se escribirá"...

Desaprovechaste el amor, olvidaste que los hombres estando prisioneros es cuando mejor cantamos, porque es lo único que del amor nos queda: el canto.

Y el tuyo, que lo hubiera sido bello como el del cisne agonizante, matizado como el del canario ciego, es hoy impalpable y fugitivo...

¡Poeta! Si por amor no cantaste, no cantes tampoco al desengaño....

Y con estremecimiento que remedaba al crujiir de huesos, el florentino se esfumó en las tinieblas de mi ensueño...

Aquí tienes, pues, querido Juan, mi pobre historia... con sueño y todo...

Es un caso psicológico que brindo á tu estudio favorito. Pero temo que adolezca de un defecto insoportable: la antigüedad. Este caso que yo creo mío, es el pasado, el presente, el venidero...

Una ilusión sirviendo de pedestal á un desengaño: he aquí la estatua de la Humanidad.

Hoy mi herida todavía sangra, pero quizás mañana me pregunte yo mismo, si no fué leyenda piadosa escuchada de ajenos labios. ¡Consoladora y triste condición de nuestra naturaleza!

Bello es el recuerdo, pero, dime, querido Juan, ¿qué sería de nosotros si no existiera el olvido?...

GINES DE ALCANTARA

Santiago, 1912.



UN NIÑO ABANDONADO

J. GEOFFROY

# El genio de Sully-Prudhomme



Sully Prudhomme

Ningún poeta de la Francia moderna ha hecho labor más elevada y artística que el ilustre escritor con cuyo nombre encabezamos estas líneas; ningún poeta ha sondeado con más dulce psicología los misteriosos senderos de la filosofía; mas no, la que cultivaron Kant, Nietzsche y Schopenhauer; ni la de Bacon, ni la científica de Renán; Sully-

Prudhomme consagró todos sus esfuerzos—y que fueron poderosos—en aunar la poesía con la filosofía, “el arte de pensar en verso”, según la expresión de Goethe, con la ciencia que estudia los ignorados cuantos misteriosos campos de los fenómenos psíquicos y de las causas que lo originan.

¡Qué bello es expresar una verdad científica valiéndose de la sincera y reflexiva inspiración de este gran poeta francés! Su genio fué único en su tiempo: vivió en el siglo XIX, esta miserable centuria de la duda y del pesimismo, este siglo de dolor y de tragedias.

Sully-Prudhomme nació el año 1839. Después de haber pasado por el Liceo Bonaparte y la Escuela Politécnica, el poeta quiso—ó, más bien, fué obligado—á seguir la carrera industrial, entrando como empleado al establecimiento Creuzot. Pero su alma idealista y soñadora, no se avino con la rudeza de la ciencia, ni con el humear de las usinas de la fábrica: su espíritu de artista, soñaba con algo más elevado, y abandonó tal ocupación para entregarse de lleno al cultivo de las bellas letras. Fué asistente á la célebre tertulia de Gauthier y Léconte de Lisle, y en 1865 publicó su primer libro de versos, “Stances et Poèmes”, versos sutilísimos que no tuvieron la humilde melancolía de los de Coppée; pero que, en cambio, ostentaban la sincera y noble inspiración de un gran poema. De esta colección es famosa “Le Base Brisé”, que hizo decir al divino Saint-Beuve, que su joven autor estaba destinado á la gloria. Y de este mismo volumen es célebre la primera composición en que Sully-Prudhomme invoca sus versos ideados, concebidos en su soñadora imaginación; pero que, esquivos como las mariposas, se le escapaban cuando quería darles forma:

Comme autour des fleurs obsédées  
palpitent les papillons blancs,  
autour de mes chères idées  
se pressent de beaux vers tremblants.

Aussitôt que ma main les touche,  
je les vois fuir et voltiger,  
n'y laissant que le fard léger  
de leur aile frêle et farouche.

Je ne sais pas m'emparer d'eux  
sans effacer leur éclat tendre,  
ni, sans les tuer, les étendre,  
une épingle au coeur, deux à deux....

Un año más tarde, en 1866, publicó “Les épreuves”, la mejor de sus producciones; la mayor parte de sus “Solitudes” fueron compuestas antes de 1870. “Cuatro años más tarde—dice Paul Bourget—tuve el placer de conocerlo”, y hace del poeta el siguiente retrato: “Era entonces un hombre de 35 años, de madurez vigorosa, pero ya asediado por la enfermedad. Bastante alto, y más bien pesado; su rostro tenía rasgos hermosos; pero inmóviles y casi indiferentes. Toda la expresión residía en sus ojos, azules, profundos, admirables, con algo de meditativo y de salvaje, de ansiosamente grave y de invenciblemente activo que hacía murmurar á Coppée: “Sully tiene ojos de león”. Y agrega: “Su voz más bien baja tomaba, cuando desarrollaba alguna idea, un acento que no merece otro calificativo que el de minucioso; tras de cada palabra que vertían sus labios, temblaba el escrúpulo de la verdad”.

En una página de “Les Croquis italiens”, el poeta nos cuenta que ese tiempo, 1866, fué favorecido por una regular herencia, que le ahorró—suya es la frase—el tener que luchar contra las vicisitudes que no tuvo la desgracia de conocer ni el honor de vencer.—Sully-Prudhomme fué un sincero, un profundo reflexivo, un estoico dolorosamente traicionado por el destino. Fué—dice Bourget—un genio de reflexión más que de inspiración”; un genio grave, cohibido, solitario.

Y tal cual fué aparece en sus versos. Así, cuando su alma no se avino al humo de las fábricas, exclama, en un soneto á una usina:

Cet enfer de la force obéissante et triste.

Y cuando, estoico refinado, exclama con religiosa aceptación:

Je m'abandonne en proie aux lois de l'univers!

Y en estos versos nos pone de manifiesto una innegable teoría de Darwin:

Chaque vivant promène écrit sur sa mâchoire  
l'anêt de mort d'un antre exigé par sa faim.

Puesta en verso la teoría de la lucha por la existencia! Sully-Prudhomme, como el doliente Heine, se vió acosado por la melancolía de amante abandonado, y como en el Intermezzo del poeta alemán, exclama: “Un joven ama una mujer que se casa con otro; es una vieja historia, y aquel que os la refiere tiene el corazón partido”. Y como poeta eminentemente subjetivo, nos declara tal desesperación en los siguientes versos:

I

Si je pouvais aller lui dire:  
elle est à vous et ne m'inspire  
plus rien, même plus d'amitié  
Je n'en ai plus pour cette ingrante;  
mais elle est pâle, délicate  
ayez soin d'elle, par pitié.

II

Econtez-moi sans jalousie,  
car l'aile de ma fantaisie  
n'a fait hélas! que m'effleurer.  
Je sais comment sa main repousse,  
mais pour ceux qu'elle aime elle est douce  
ne la faites jamais pleurer!

III

Si je pouvais aller lui dire:  
elle est triste et lente à sourire  
donnez-lui des fleurs chaque jour:  
des blenets plutôt que des roses  
c'est l'offrande de moindres choses  
qui recèle le plus d'amour.

IV

Je pourrais vivre avec l'idée  
qu'elle est chérie et possédée  
non par moi, mais selon mon coeur.  
Cruelle enfant qui m'abandonnes,  
vois le chagrin que tu me donnes:  
je ne peux rien pour son bonheur.

Creo—dice el poeta—que los hombres se dividen en dos clases: fuerzas de la naturaleza, y espejos de ella. El poeta es por excelencia el espejo de la naturaleza; pero un espejo que piensa, que ama, que juzga. Y agrega: “Es por esto que siempre hay algo que se posa delante de un poeta, aún de los más jóvenes. ¿Cómo juzgan ellos la vida? ¿Qué solución traen al problema del destino? Es preciso que ellos tengan una idea sobre esto. Lo que me irrita en presencia de Hugo y de Gauthier—y que, por otra parte, los admiro tanto—es que no percibo en ellos esta idea. No tienen filosofía, y creedme—concluye con un acento grave—nada hay verdadero fuera de la filosofía”.

El gusto con que el poeta recibía á los jóvenes “debutantes”, fué siempre espontáneo en su espíritu. Consagró profundo amor á los niños, á quienes dedicó hermosísimas composiciones en sus “Vaines tendresses”, como “Enfantillage”, “Aux Tuileries”, “Fort en thème”, etc.; y á los poetas futuros dedicó uno de sus más admirables sonetos:

Partez à venir, qui saurez tant de choses  
et les direz sans doute en un verbe plus beau,  
portant plus loin que nous un plus large flambeau  
sur les suprêmes fins et les premières causes.

Quand vos vers sacrifieront des pensées grandioses,  
depuis longtemps déjà nous serons au tombeau:  
rien ne vivra de nous qu'un terne et froid lambeau,  
de notre oeuvre enfuie avec nos lèvres closes.

Songez que nous chantions les fleurs et les amours  
dans un âge plein d'ombre, au mortel bruit des armes,  
pour des coeurs anxieux que ce bruit rendait sourd.

Lors, plaignez nos chansons, ou tremblaient tant d'alarmes  
vous qui, mieux écoutés, ferez en d'heureux jours,  
sur de plus hants objets des poèmes sans larmes.

Hemos dicho que Sully-Prudhomme fué un poeta eminentemente subjetivo y reflexivo: todo en él era idealismo, poesía y pensamiento; él escuchaba el gemir del mar, y decía:

Telle, en sa force douloureuse  
une grande âme malheureuse  
qu'isole sa propre grandeur!

# LA DECADENCIA EN ESPAÑA



Se habla frecuentemente de la decadencia de España. ¿Cuándo comienza la decadencia? ¿Cuáles han sido sus causas? En el siglo XVII España se halla ya en decadencia. Baltasar Gracian, á mediados de dicha centuria, dice en su "Criticón" que sin las múltiples guerras que España ha mantenido en Europa, las ciudades españolas pudieran estar "muradas de plata y enlosadas de oro". El mismo pinta á España yerma, seca, con los ríos corriendo hondos y estériles, con los montes zahareños, con los campos llecos. Las guerras son también para otro gran escritor del mismo siglo—Saavedra Fajardo—la causa principalísima de la ruina nacional. Un vigoroso espíritu de protesta contra la guerra alienta en la obra de Saavedra Fajardo. Con la guerra—dice en la LXXIV de sus "Empresas políticas"—se descompone el orden y la armonía de la república. "La religión se muda—añade—la justicia se perturba, las leyes se desobedecen, la amistad y el parentesco se confunden, las artes se olvidan, la cultura se pierde, el comercio se retira, las ciudades se destruyen, y los dominios se alteran." A las guerras como causa de la decadencia nacional agrega Saavedra Fajardo la conquista de América. De América vinieron á España las naves "lastreadas de barras de plata y oro". Fascinó el oro á los españoles; á las nuevas é inmensas maravillosas regiones marchó la juventud española; quedaron sin cultura los campos; callaron los telares; periclitaron las industrias del hierro, del vidrio, de los cueros; trocáronse en hidalgos los oficiales de mano. Trastocó todo el oro americano. "Todo lo alteró—escribe Saavedra Fajardo—la posesión y abundancia de tantos bienes. Arrimó luego la agricultura el arado, y vestida de seda curó las manos endurecidas por el trabajo. La mercancía, con espíritus nobles, trocó las lanas por las sillas ginetas y salió á ruar por las calles. Las artes se desdeñaron de los instrumentos mecánicos." Todavía á las guerras europeas y á la conquista de América añade Saavedra otras causas coengendradoras de nuestra decadencia; figura entre ellas la expulsión de los moriscos. Como á vencidos se les trató durante su permanencia en España: como á conciudadanos debió haberseles tratado. Lo consigna así terminantemente el autor de las "Empresas políticas". Se fomentó el odio de los moriscos—dice Saavedra—al vejarles constantemente y al no hacerles partícipes de los derechos de ciudadanía de que los demás españoles gozaban; se atendió con esto más á conservar pura la nobleza que á la paz y al bienestar de la nación.

Las opiniones de Gracian y de Saavedra Fajardo sobre la decadencia de España son sintomáticas; se trata de dos de los más insignes pensadores del siglo XVIII; representan con sus juicios una corriente ideológica que entonces se inició y que ha de llegar sin interrumpirse hasta nuestros días; hasta nuestros días en que un gran pensador—don Joaquín Costa—ha de dar una forma pasional, dramática, á esa aspiración secular.

En el siglo XVIII son varios los hombres que encarnan la opinión sobre la decadencia expresada en la centuria anterior por Gracian y Saavedra: figuran entre ellos Cadalso, Jovellanos, Cabarrus. Habla Jovellanos en su "Informe sobre la ley agraria" de la conquista de América como originadora de la ruina nacional. "Todo creció entonces—escribe—sino la agricultura, ó por lo menos no creció proporcionalmente. Las artes, la industria, el comercio, la navegación, recibieron el mayor impulso; pero mientras la población y la opulencia de las ciudades subía como la espuma, la deserción de los campos y un débil cultivo descubrían el frágil y delesnable cimiento de tanta gloria." Frágil y delesnable era en verdad el cimiento del esplendor de España. A "un relámpago" compara ese esplendor Jovellanos una página más adelante. El mismo Jovellanos, en la segunda de sus "Cartas á don Antonio Pons" hace una indicación que debemos ahora recoger. Desea Jovellanos que se construyan en la Castilla canales de navegación y riego que transformen esas áridas regiones en tierras pródigas. ¿Duda usted de que se harán esas obras de irrigación?—pregunta Jovellanos á Pons.—Jovellanos no duda en la facilidad de la magna empresa. "Dediquemos—escribe—á conquistar nuestras provincias lo que gastamos en invadir las ajenas, y verá usted vencido ese imposible. ¿Cuándo apreciaremos la paz en lo que vale? ¿Cuán-

do aborreceremos la guerra tanto como merece?" En análogo sentido se expresa Cabarrus, íntimo amigo de Jovellanos. Hace notar Cabarrus los grandes gastos que se hacen para las guerras; deplora que en guerreras empresas se gasten enormes caudales, en tanto que se desatiende el fomento de la riqueza patria. Facilidades dan siempre los Gobiernos para lo primero; invencibles obstáculos se oponen siempre á lo segundo. "Carlos V y Felipe II—escribe Cabarrus en la primera de sus cartas á Jovellanos—Carlos V y Felipe II encontraron siempre cuantos brazos y oro necesitaron para las expediciones insensatas de Africa, Hungría é Italia; pero el primero no los tuvo para concluir la Acequia Imperial, y el segundo para hacer navegable el Tajo, como se lo propuso Antonelli. Y sin ir tan lejos—añade Cabarrus—¿Usted ha visto en nuestros tiempos un sólo ofrecimiento para los canales de Aragón ó de Castilla, para los caminos ó demás obras públicas de inmensa utilidad?"

En el siglo XIX Angel Ganivet formula una teoría de la decadencia análoga á las formuladas en las anteriores centurias. A la conquista de América achaca Ganivet la ruina nacional. Consigna Ganivet su teoría en el "Idearium español". Establecieron los reyes católicos—dice Ganivet—la organización política de España; completaron esta obra con una restauración intelectual. Faltó una tercera restauración: la material. Debieron Fernando é Isabel fomentar la agricultura, la industria, el comercio; no pudieron hacerlo: se interpuso entre el propósito y la obra el descubrimiento de América. El pueblo español, "acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento." Y dejando las prosaicas herramientas del trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el oro; no por el oro ganado en la industria ó el comercio, sino por el oro puro, en pepitas." A la teoría de Ganivet así expresada se pueden hacer varias observaciones. ¿Lograron los Reyes Católicos organizar políticamente á España? La unidad de cetro y de corona, ¿no era un hecho somero, superficial, sin trascendencia honda y duradera? ¿Lograron crear costumbres políticas, costumbres cívicas profundas y durables? En cuanto á la otra restauración de las tres que abarca la teoría de Ganivet—la restauración intelectual—¿podemos considerar como tal restauración la afición de unos cuantos aristócratas á la poesía y á las artes, y la creación de algunas cátedras y estudios? ¿Llegó abajo, al pueblo, el beneficio del intelectualismo de que dieron muestras—más ó menos frívolas—determinadas personalidades de la nobleza? Lo acontecido á este respecto durante el reinado de Isabel y Fernando, ¿puede realmente llamarse "restauración intelectual"?

Con lo dicho quedan expuestas lo que pudiéramos llamar teorías "materialistas" sobre la decadencia de España; á causas materiales atribuyen, principalmente, los que las exponen la ruina de España. Al lado de estas teorías debemos mencionar aquellas otras que, principalmente también, achacan la decadencia á motivos espirituales. Hemos mencionado antes á José Cadalso. En el siglo XVIII Cadalso da como causas del atraso de España la ignorancia en que los españoles viven respecto á las ciencias, la falta de curiosidad intelectual, la incuria en fomentar los centros de instrucción, la palabrería hueca y retumbante, las vanas disputas sobre cuestiones de filosofía absurda y grotesca. "Desde el siglo XVI hemos ido perdiendo los españoles el terreno que algunas otras naciones han adelantado en ciencias y artes." Resume esta frase las ideas expuestas por Cadalso en sus "Cartas marruecas"; se escribió este libro en 1768. Otro escritor genial—Mariano José de Larra—formuló también en el siglo XIX su teoría espiritualista sobre la decadencia. Al no habernos incorporado los españoles al movimiento de renovación intelectual iniciado con la reforma, atribuye Larra el estacionamiento de España. Detenidamente debe ser leído el artículo en que Larra expone sus ideas. Se publicó en "El Español" el 18 de Enero de 1836. Titúlase: "Literatura: rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra".

Pongamos un epílogo á las presentes líneas. Nuestro epílogo es éste: no ha logrado jamás España una época de verdadero y sólido esplendor. "Un relámpago", ha dicho Jovellanos que duró la gloria de España. Acaso es eso mucho. Nunca gozó España de una firme, estable, honda organización.

AZORÍN.  
(J. Martínez Ruiz).

# El Entierro



La artillería naval que rindió homenaje á su Almirante



UEDE ser que me engañe, pero he creído advertir que la muerte del Almirante Latorre dejó en el ánimo nacional de Chile más que un sentimiento de dolor desesperado un hondo y noble sentimiento de júbilo. Y me lo explico sin dificultad, porque bien sé que la vida de los héroes, como la de los justos,

principia donde termina la de la carne; y ha de ser motivo de sana y grande alegría para un pueblo orgulloso de sus glorias revestir de pompa y solemnidad la venida de otro de sus héroes á la vida perdurable. El vencedor de Angamos, vivo, era reliquia bien amada de los suyos, y muerto, pasa á ser ídolo en el santuario de la Patria, porque sólo ahora puede el país rendirle el homenaje que habría rechazado su modestia, más grande aún que su heroísmo.

A mis años no se tiene recuerdo de muchas cosas, pero estoy seguro de no haber visto nunca homenaje alguno parecido en intensidad y grandeza sencilla al que las ciudades de Valparaíso y Santiago acaban de rendir á la memoria del Almirante Latorre. Porque no era uno de esos homenajes ordenados por decreto y rendidos por curiosidad ó por disciplina con que los pueblos suelen honrar á muchos servidores públicos de quienes puede decirse en verdad que el mejor servicio que prestaron á su país fué el de haberse muerto. Era un homenaje que brotaba espontáneamente de todos los labios, se reflejaba con limpidez en todos los ojos, y parecía incienso en la iglesia. Se abatían las banderas al paso de los despojos del Almirante con solemnidad misteriosa que sobrecogía el espíritu; sonaban de un modo singular las cornetas de los regimientos y del conjunto espléndido de esa larga procesión fúnebre semejaba alzarse un canto de victoria. Era que se confundían el funeral con la apoteosis.

Yo seguía religiosamente detrás de esa multitud callada, cuyos pasos lentos eran como compases fúnebres. Me inspiraba un hondo respeto esa procesión mixta de militares y civiles á quienes unía el mismo sentimiento de devoción al hombre admirable que hizo célebre en el mundo el largo mar de Chile.

Cuando paró en los andenes de la Estación Central de los ferrocarriles el tren que traía desde Valparaíso los restos del héroe, se hizo un grave silencio en la multitud. Los pechos anhelantes contenían la respiración y los ojos avanzaban con solemne curiosidad en busca del féretro, como si

no pudieran convencerse de que ya no vivía el Almirante. Las miradas ansiosas querían admirar á través del ataúd cerrado el rostro familiar y sereno del vencedor del "Huáscar", y al chocar contra la hostil intránsparencia de las cuatro tablas que lo escondían para siempre, brotaba en las almas el deseo imperioso de copiar en mármol su figura.

Se inició el desfile, no sé si fúnebre ó triunfal, y una columna de más de treinta mil almas iba señalando el camino del cementerio al bravo marino que en tantas ocasiones señaló al país el de la victoria. La procesión desfiló á lo largo de la Alameda, y por las calles de Ahumada y de Puente siguió hasta la Necrópolis, á donde llegó ya en sombras. La quietud doliente y callada del Cementerio se hizo más intensa con los pasos lentos del cortejo fúnebre, y cuando la palabra á veces conmovida y vibrante de los oradores quebraba el silencio de la noche, un eco largo, medroso se perdía en las tumbas.

La tarde había sido tibia y clara, como de primavera; y casi repentinamente la envolvió una niebla lluviosa que daba al paisaje un frío semblante de



Almirante



Los cadetes formando

# e un Héroe



José Latorre



Las fuerzas desfilando ante la iglesia del Espíritu Santo, en Valparaíso

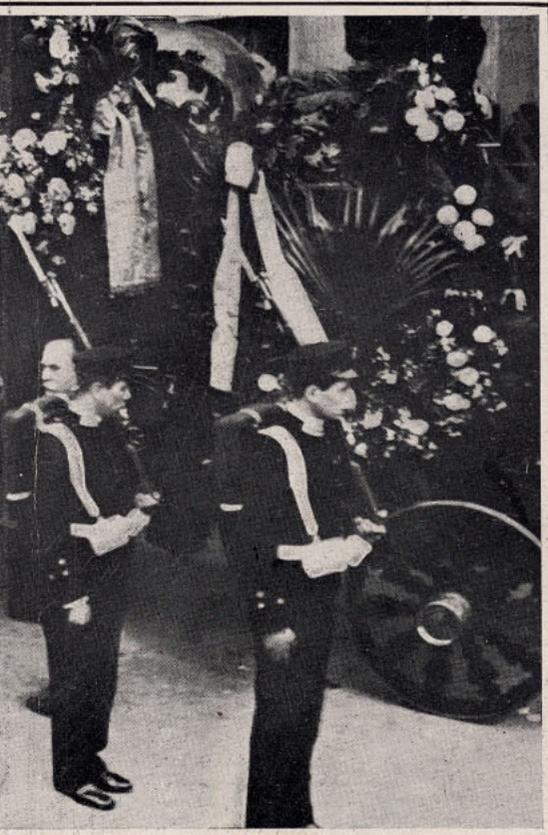
duelo. Las luces opacadas por la neblina semejaban pupilas llorosas, y las copas negras de los árboles fingían siluetas de monjes en oración. Sobrecogida el alma de espanto, me sentí solo entre esa multitud enorme. Quise orar, pensé en mis muertos, y como para consolarme de esa pesadumbre infinita de sentirme vivo en la helada ciudad de la muerte, evoqué en un instante la vida ejemplar del marino á quien entregábamos al amor de la tierra. De este modo recordé en momento oportuno, que sólo los que viven como el Almirante Latorre adquieren el privilegio de vivir eternamente, y desde entonces el Panteón me pareció menos frío y la existencia menos breve y más dulce. Porque no hay nada que consuele el alma abatida por la miseria de las cosas como la contemplación de la eternidad. Hace muchos años — pensé — ingresó á la Armada un guardiamarina. Era niño. Tenía ansias generosas en el corazón y grandes resoluciones en el alma. Enamorado del rincón de tierra en que abrió los ojos á la vida, se entregó á su servicio con desprendimiento y nobleza, y á la edad en que otros no abandonan todavía la pelota de foot-ball, él humilló una orgullosa bandera extraña, en reñida empresa naval. Ensayó sus armas

contra las de sus abuelos, célebres en el mundo. Años después, cuando su patria tuvo que resistir el ataque unido del Perú y Bolivia, era ya capitán el guardia-marina de Papudo, y por rara casualidad le tocó disparar el primer cañonazo en Chipana y el último en Angamos contra la entonces invencible escuadra enemiga. En esa ocasión tuvo que volver sus armas contra las banderas que veneraban sus genitores, y desde la bahía del Callao debió disparar sus cañones contra los fuertes que defendía su hermano de sangre, el coronel peruano don Elías Latorre. Señor del mar, paseó en él su bandera orgullosa, á bordo de barcos de madera que desafiaban con temeraria bizarría el fiero espolón del "Huáscar", y los fuegos seguros de la "Unión" y la "Pilcomayo". Realizó empresas heroicas que aseguraron espléndidas victorias á las armas de su país en una guerra en que hubo que suplir la falta de buques con la abundancia de héroes. Y fué en la paz lo mismo que en la guerra: abnegado, íntegro y noble servidor de su patria.

Su concepción severa del deber le señaló un puesto que parecía de combate en la política nacional, pero quien haga con criterio desapasionado el estudio de esa existencia admirable, aprenderá que no inspiró sus determinaciones el odio partidarista ni las estimuló la ambición menguada.

Era jefe de partido lo mismo que fué comandante de buque, porque así creía servir los intereses de su patria en el puesto que le señalaba la inminencia del peligro. Puso por sobre todas las cosas su amor orgulloso á las tradiciones nacionales, y cuando empezaba para su alma de patricio la tregua apacible de los últimos años de una existencia gloriosa vino la muerte á despertarlo para la Vida.

El recuerdo de esa generosidad hecha hombre, evocada en la paz de un cementerio obscuro, donde una multitud enorme se congregaba á rendirle homenaje, me descargó el alma del peso infinito que la rendía por la solemnidad del sitio y de la hora. Y cuando después de haber dejado en la paz de la tierra el cadáver del héroe de Angamos, emprendió el cortejo la vuelta á la ciudad, sufrí la impresión imborrable de haber asistido á un parto milagroso: la Inmortalidad acababa de alumbrar un nuevo hijo.



...a de honor al féretro

Ensayó sus armas

# EL CENTENARIO DE LA BANDERA

Una de las fiestas más interesantes del mes de Julio ha sido la de nuestra bandera; en este mes cumple su primer centenario. A primera vista no se comprende todo el alcance de semejante fiesta, mas luego se viene á vislumbrar su hondo sentido simbólico, su vasto alcance social, su importancia verdadera.

Mientras vivimos en el territorio, estamos habituados á contemplarla, á verla flotar airosamente al viento, movida por la brisa que agita sus pliegues blancos, azules y rojos, así como su estrella solitaria tan hermosa. Pero cuando salimos del país y ya lejos, muy lejos, divisamos en la popa de una nave esa misma bandera que talvez pudimos contemplar indiferentemente alguna vez, sentimos el pecho ensanchado, se humedecen nuestras pupilas y un sentimiento ardiente de patriotismo hace palpar nuestros corazones. Hay que mirar de lejos la bandera para comprender cuánto se la quiere; de cerca suele producirnos el mismo efecto que la belleza de nuestras cordilleras, á las cuales nos hallamos acostumbrados. Pero esa bandera contemplada en nave de guerra chilena en playas extranjeras tiene un significado único: es la Patria con cuanto de grande y de noble encierra; es el hogar lejano, cuyos humos divisamos con la imaginación muy cerca de nosotros; son los amigos cuyas alegrías y dolores hemos compartido; es la fami-

lla, son sus alegrías santas; es la infancia que descorre nuevamente su velo del pasado.

Por eso la bandera es tan eminentemente simbólica. Su centenario es el de la patria renovado una vez más. Al principio,



Los miembros de la Sociedad "Defensores de Chile"

la revolución de la independencia fué movimiento de unos cuantos espíritus superiores que sabían adónde iban mientras la masa analfabeta jamás sospechó el punto al cual los sucesos la encaminaban. La revolución chilena no fué propiamente revolución popular, sino la obra grandiosa de un grupo de hombres

de larga vista y de vasta cultura y patriotismo. El movimiento de 1810 se había ejecutado en nombre del Rey de España, prisionero de los franceses; en su nombre se había constituido la primera Junta Nacional de Gobierno que debía gobernar mientras el monarca se hallara en manos del Emperador francés. El pueblo había ejecutado acto de soberanía al constituirse dándose gobierno propio, pero lo hacía ocultamente, como á hurtadillas, temeroso de que muchos reprobaran la obra en cuanto llegara á saberse el propósito que los movía.

La bandera nacional era ya la independencia manifestada á los ojos de las demás naciones del mundo. El general Carrera quería para su patria la completa libertad y autonomía. Distinto era el pensamiento de Martínez de Rozas



Distinguidas personalidades escuchando la Canción Nacional en la puerta de la Catedral

y de sus compañeros. Tanto éste cuanto don Juan Egaña abrigaban el propósito de formar una gran confederación de las antiguas colonias españolas unidas bajo la autoridad de un Congreso general. Estas ideas emitidas por Martínez de Rozas, en 1810, y por Egaña en 1811, tendían á organizar en la América latina una Confederación semejante á la de los Estados Unidos del Norte. Acaso por eso se abstuvieron de dar una bandera y un escudo. Por aquellos tiempos la mitad de América se hallaba todavía bajo el dominio de la corona española y todavía las armas de Bolívar, de Sucre, de San Martín y O'Higgins aún no habían alcanzado los triunfos que trajeron la consolidación de la libertad americana. Carrera quería dar el paso decisivo hacia adelante.

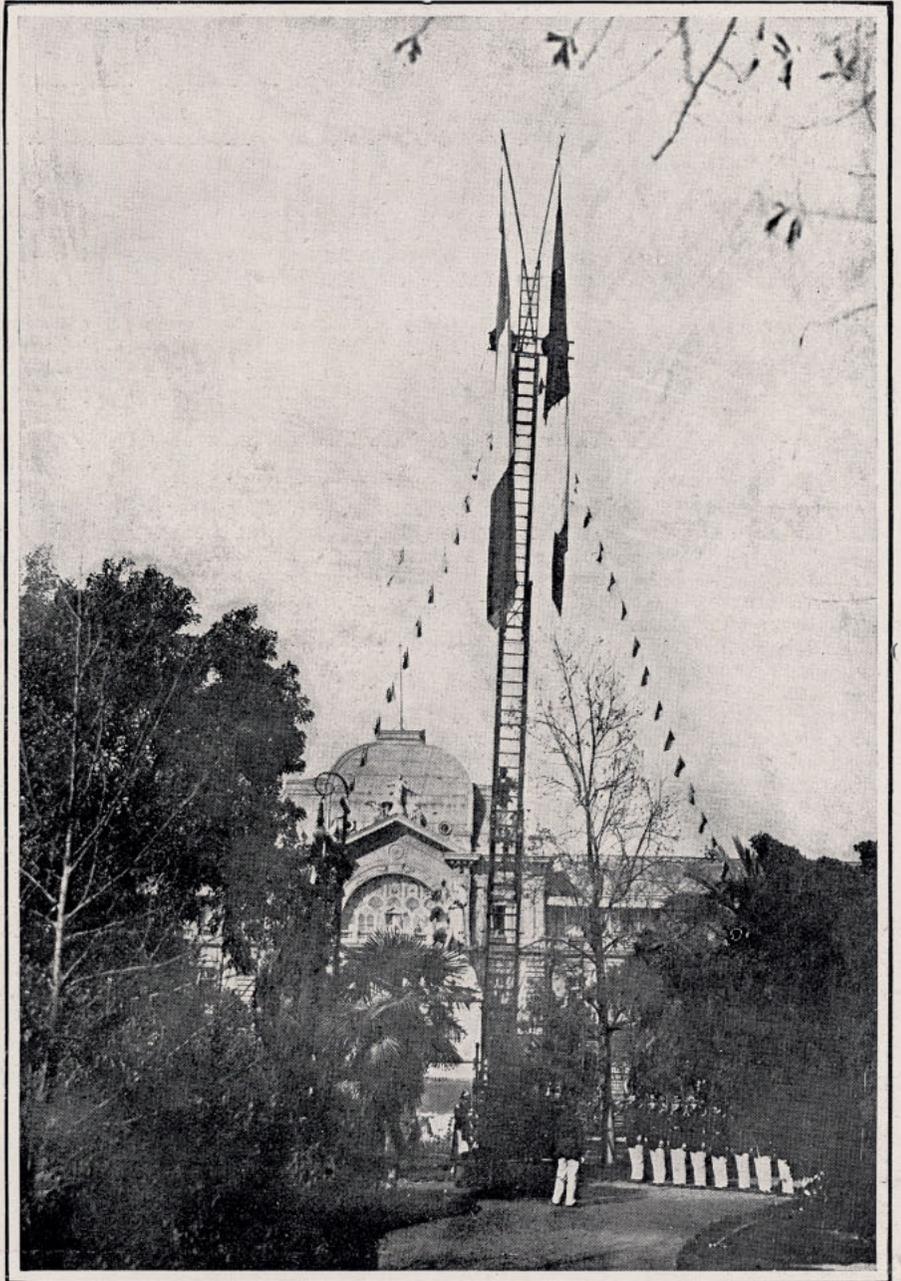
A principios de 1812 se pensó fijar el nuevo escudo de la Confederación en unas armas en las cuales los estados independientes quedarían representados por siete columnas. Tal proyecto no consiguió realizarse, pero tuvimos, en cambio, la primera bandera nacional, compuesta de tres fajas como la bandera revolucionaria de los franceses, pero con los colores azul, blanco y amarillo. Sin necesidad de un decreto de las autoridades, pero bajo su iniciativa, se creó la nueva bandera así como la escarapela que debía usarse.

La nueva bandera chilena se inauguró el 4 de Julio, aniversario de la independencia de los Estados Unidos, y la bandera fué izada en el palacio del Consulado. Allí se preparó una fiesta suntuosa y espléndida, que el consul de los Estados Unidos, Mr. Poissett, daba á la sociedad de Santiago y á sus principales familias. Las autoridades cooperaron de la manera más brillante posible á la suntuosidad de la fiesta, enviaron músicas, é hicieron que todo el mundo se pusiera la nueva escarapela nacional.

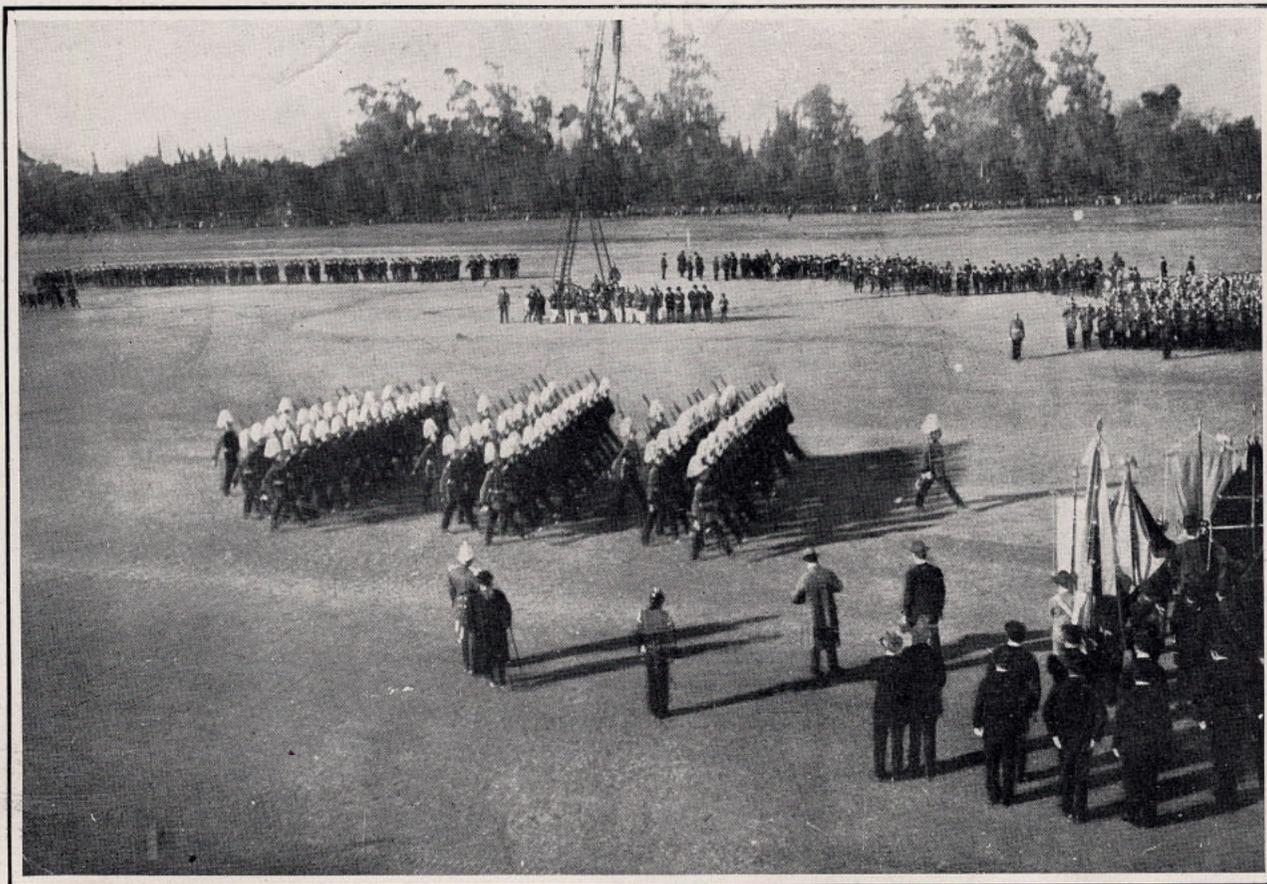
Pero las crónicas refieren que ese día se formó una pelotera tremenda en medio de la fiesta, á la cual habían sido invitados los obreros americanos de la imprenta de la *Aurora de Chile*, por el Ministro americano. Como era gente del pueblo y bebieron más de lo preciso, promovieron un desorden tremendo, al cual puso término Mr. Poissett, expulsándolos de la sala, á la cual quisieron volver, produciéndose choque con la policía, y parte de los invitados extranjeros fueron á dar en la cárcel.

Según refiere el historiador señor Barros Arana, ese día quiso proclamar la independencia de Chile el general Carrera, pero se opuso su hermano don Juan José, que se encontraba enemistado con aquel.

La escarapela tricolor fué usada al principio solamente por los militares, pero luego se dispuso que también los civiles la llevaran, pues "en el sistema de libertad cada hombre es con la fuerza de la expresión soldado de su país". Como notase que algunos empleados subalternos no la usasen, la Junta dispuso que las tescrerías no pagaran sueldo á los empleados que no la llevaran. Hasta se dispuso que los clérigos también la usaron, pues "no se debía se-



El homenaje de los bomberos á la bandera



La Escuela Militar durante el desfile en el Parque Cousiño

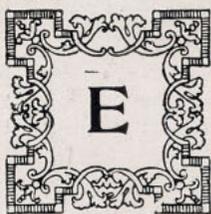
focar los sentimientos generosos."

Tal fué la historia de nuestra bandera primitiva, la que tremoló en cien combates hasta que se hundió heroicamente en la jornada de Rancagua, sustituida, en un momento por la bandera negra de la lucha sin cuartel, en aquellas horas de la carga histórica de O'Higgins.

La vieja bandera, no era tan hermosa como la bandera actual, pero estaba cubierta de gloria y de sangre derramada en los campos de batalla. Muchas glorias nos ha dado esta segunda bandera, paseada tantas veces por los campos de batalla, pero nada nos hará olvidar á la vieja bandera que contempló nuestros primeros triunfos y nuestros primeros dolores que vió para Chile los primeros días de independencia y brillante autonomía.

F. R.

## LOS ELEFANTES



En la soledad del *bungalwo*, sólo se oía la respiración de mi *hindu* que dormía como un negro leño entre la colcha roja y los cinamomos meciéndose en el *jungle* misterioso: mis ojos espantados ante ese trópico tremendo y magnífico espiaban cada rumor, fingiendo en sierpes é insectos extraños los arabescos de las sombras ó los caprichos de los travesaños del techo bajo. Por las mal cerradas ventanas, el acre perfume de la

canela y del betel atrofiaba en la lechosa claridad del alba de un día rojo, de un día ecuatoriano y pesado.

De pronto un gran grito y como si el bosque se deshiciera y los árboles enormes crujiesen bajo un castigo, un galope formidable, un gran trueno apocalíptico, y de vez en cuando un resoplido como de tromba marina, y de carrera desenfundada hollando raíces y arrancando piedras.

—Los elefantes!—gritó mi *hindu*—y de un salto nos encontramos en la baja puerta de la casucha!

Era una manada de veinte grises monumentales y cómicos elefantes que galopaban hacia el río vecino, un turbión de rugosos animales tímidos y sencillos que urlaban á los empujes de una docena de muchachos desnudos, y pintarrajeados de rojo, verde y amarillo. Los elefantes levantaban un huracán de hojas secas, de guijarros y de polvo, y sólo las veinte trompas erguidas, balanceándolas como si fuesen brazos ó monstruosos troncos que se doblegasen, y de cuando en cuando un par de orejas anchas como dos palmas oscilando á los lados de aquellas cabezas térreas, de cierta gravedad ridícula y filósofa!

La colina la bajaron á un infernal galope, legión de aquelarre y por diez minutos fué una lluvia de hojas, de insectos dorados, de mariposas que parecían retoños, libélulas que tenían la forma de una raíz de árbol; y el sol cárdeno enrojeciendo aquella bóveda verde, metálica, como si hubiesen derramado un aluvión de fuego líquido.

Corrimos al río, saltando sobre derribadas palmas, esquivando movibles ciénagas, asustando á un grupo de calvos bonzos, que salían de un templo budista, y ahuyentando unas gacelas que pastaban en un prado; en el río los elefantes se movían lentamente, tranquilos, con los ojillos entrecerrados, gozando del frescor de aquel paraíso perfumado; algunos zambullían las trompas y después de un momento alzaban un torrente que caía sobre sus espaldas, y como péndulos monstruosos, las cabezas oscilaban y aquellos

cuerpos flácidos, rugosos, incrustados de inmundicias, rapados, con carnes cayendo sobre las barrigas demesuradas, mientras los colmillos de un blanco pálido, de un blanco cen vetas amarillas, corlaban como dos luminosas puas el grueso apéndice de sus narices!

Los chicos gesticulaban y los agrupaban como si se tratase de ovejas; pacientes, sumisos, los paquidermos, se dejaban gobernar balanceando sin cesar sus cráneos de pesimistas y guiñando sus ojillos atrofiados por la grasa. Algunos se deslizaban hacia los rápidos y entonces, de un grupo de cinco

arcos, salía una flecha enorme y sin punta y castigaba al atrevido y jovial elefante, que lanzaba un bufido mezclado á una catarata de agua y retornaba al grupo de mansos paquidermos.

Eran los elefantes sagrados del gran templo de Kandy, los que en las procesiones, cubiertos de damascos, de carmesies terciopelos, cubiertas las cabezas de piedras, de mitras cuajadas de ópalos negros, de záfiro en cuyos fondos se ven las estrellas, de turquesas del tamaño de una tortuga, de perlas gordas como avellanas, de berylis rosados, de asquerosos carbunclos que parecen llagas, con los colmillos carapezados de puro oro; son adorados por el pueblo indostano, que caen—fanáticos hasta la muerte!—destrozados bajo las patas apocalípticas de los elefantes. Los negros eran viejos guerreros aborígenes, secos, musculosos, ebáneos, con cabelleras lícidas bajo el aceite de coco, con los dientes rojos, las encías rojas y la saliva roja por la continua masticación del betel y del pan *sugami*, eran los guardianes del rebaño sacro, y desnudos, lucientes, con manos finas y largas, manejaban el enorme arco y las largas varas que servían para corregir al desobediente; y los chiquillos con los cabellos anudados como mujeres, eran seminaristas del triple templo del Diente, donde la credulidad adora un molar del inmenso Budha.

Nuestro grupo admiraba aquel raro paisaje sombrío, con macíos de bambú, con altaneras palmas, y con los frondosos árboles de fruta de pan y de mangustán bajo el cual se busca el olvido, el nirvana, el nihil. Ya el día era alto, ya el sol monárquico y caldeado tenía todo de rojo y de calor, y lejos Kandy, se tejía sobre la montaña, con sus jeroglíficos de piedras, sus templos erizados de piedras labradas como puntas de un puerco espín; sus puertas resplandecientes de placas de oro, de monolitos de colores, toda una policroma fantasía tropical, una inundación, de matices fuertes que cegaba, que fascinaba, y que predisponía al sueño, á la inmovilidad y al amor!

FRANÇOIS G. DE CISNEROS.

Kandy, India, 1911.



PERRO DE CAZA

Mrs. MAUD EARL

# CONVERSANDO SOBRE ARTE



EL CASTILLO

H. HARPIGNIES

La segunda Exposición organizada por la "Galerie Française" de MM. Allard y Boussod y Valadon, de París, en la Sala Eyzaguirre ha venido, otra vez, á dar en Santiago una nota de refinamiento artístico, una de las únicas en el sentido de la elegancia y de la alta cultura que, hasta el año pasado, debido al alejamiento material de los grandes centros europeos, le faltaban todavía á Santiago para tener todos los refinamientos de una gran capital, como es la de Chile. Gracias á la iniciativa de los organizadores de estas exposiciones que, después de haber logrado implantarlas, desde siete años, en Buenos Aires, quisieron tentar la suerte aquí, los santiaguinos, los que no viajan, pueden tener siquiera alguna idea de la evolución artística mundial y conocer, por lo menos, algunas de las obras de pintores famosos que hasta ahora no se conocían aquí sino por reproducciones de revistas, (es decir, algo así como la música de Wagner interpretada por un organillo callejero!)

Aunque el arte francés sea el más representado en la actual Exposición, no es el único, sin embargo, y vemos en el catálogo figurar á los españoles Madrazo, Checa, Casanova, á los holandeses Jongkind y de Jonghe, al peruano Lynch,



RIO ARQUES

F. THAULOW



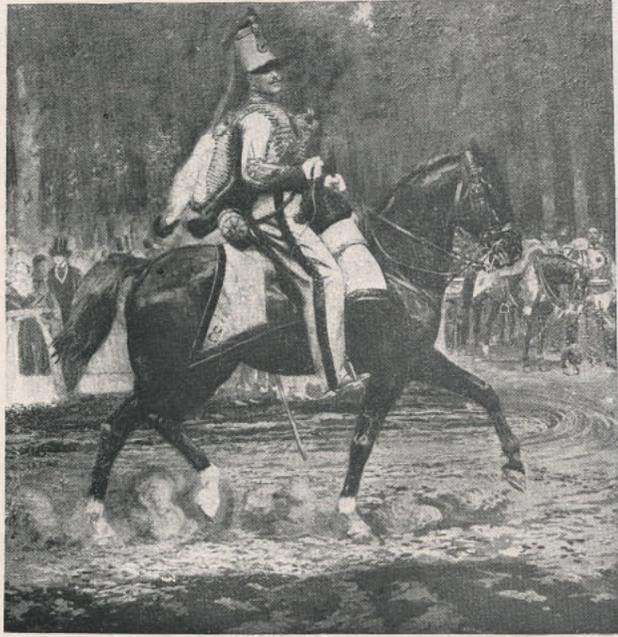
EL BAÑO

PAUL CHABAS

al belga Stevens, al norte-americano Ridgway Knight, al italiano Vianello, al noruego Thaulow. Por lo demás, es el caso repetir lo que se ha dicho tantas veces, de que todo hombre tiene dos patrias: la suya propia y París, cambiando sí, en el caso presente, la palabra hombre por la de artista. Todo artista extranjero que tenga genio, talento ú originalidad, puede, conservando su nacionalidad, llegar á ser un artista *parisiense*, ó si no que digan lo contrario Jongkind, Stevens, Whistler, Sargent, Fortuny, Zuloaga, Thaulow, y tantos y tantos, sólo entre los más célebres, nombres, añadiendo que casi todos los artistas han sido, en un principio, impuestos al público por sus compañeros franceses... ¡Zuloaga fué rechazado por el jurado español, en la Exposición de 1900, teniendo un cuadro en el Museo de Luxemburgo de París, desde el año anterior!

Todos los pintores, pues, franceses ó extranjeros que figuran en la Exposición de la Galería Francesa, son artistas consagrados por el éxito *parisiense* y además son de los cuyas obras están cotizadas de una manera más ó menos estable. Y, á propósito de cotización artística, que se me permita una pequeña digresión

sobre el asunto artístico más sensacional del año y quizás de muchos años: la venta de la famosa colección Doucet, en París, venta que alcanzó al total fantástico de trece millones, ochocientos cincuenta mil francos! calculándose que el dueño de estas riquezas, no había invertido, desde treinta años que empezara la colección, arriba de tres millones y medio de francos en ella: es cierto que se trataba de un hombre sumamente refinado y culto y que supo escoger todos los cuadros y objetos que componían su galería con el tacto más exquisito; pero, sin embargo, para todo el mundo fué una sorpresa el resultado de la venta. Pude conseguir privadamente algunos datos interesantes: por ejemplo, un pastel de Perronaud, contemporáneo, en el fin del siglo XVIII, del famoso Latour, que en la misma venta llegó, con un pastel, á seiscientos mil francos! fué vendido en quince mil francos después de haber sido comprado en dieciséis mil, hace quince años, y el retrato de la duquesa de Alba, de Goya, que alcanzó á sesenta y seis mil francos, había sido adquirido hace muy pocos años, junto con el del duque, en setenta y cinco mil, *los dos*. Estos datos vienen á confirmar lo que dije en otras ocasiones, de que las personas cultas que compran obras de arte y que *saben* comprarlas, junto con darse el gusto el más refinado y exquisito, pueden hacer la más espléndida inversión de fondos! en eso de *saber* comprar obras



CAPITAN DE HUSARES

E. DETAILLE

de arte, entran muchos factores, y existe, indudablemente, además del gusto personal y de la idiosincrasia de cada uno, cierto instinto, que puede desarrollar la observación y la educación; pero, en todo caso, hay la casi seguridad de que toda obra en que se vea muy marcada una personalidad y que tenga un sello de novedad y de originalidad, resistirá á los vaivenes de la moda y de las evoluciones y logrará entrar en la categoría de las obras que ya no se discuten, lo que pasa con Goya, con Corot, con Millet, Whistler, Manet, para no citar sino los más famosos entre los que fueron apasionadamente discutidos. Por eso me parece un hecho muy sugestivo y que habla muy alto en favor del instinto artístico de los "amateurs" de Santiago, el que los primeros cuadros adquiridos en la Exposición Allard y Boussod, y los que encontraron desde el principio, más interesados fueron los que precisamente tienen este sello de originalidad y de verdad, como el maravilloso Sol de Menard, como el pequeño Latouche, como el Chabas y el Légout-Gérard...

Al punto de vista de la evolución artística, la Exposición recién clausurada, tuvo un interés bastante grande, pues permitió conocer algunas faces del movimiento artístico desde la escuela de Corot, hasta la impresionista de ayer y de hoy, con ejemplares de cada escuela; escasas, es cierto, pero escogidas y características. Desde luego en el panneau de la primera de estas escuelas figuran cinco maestros que ya pueden ser considerados como clásicos, Daubigny, Charles Jacque, Harpignies, Jongkind y Boudin. Entre ellos Jongkind y Boudin están representados por obras particularmente felices y delicadas y los dos pertenecen á la categoría de los pintores que, sin haber en su vida, conocido la gran popularidad, son sin embargo, muy admirados por los artistas y los verdaderos "connaisseurs" y quedarán cada vez más estimados y consagrados, cuando hayan desaparecido hasta el recuerdo de otros pintores de moda, de fama momentánea mucho más bulliciosa. Jongkind particularmente tendrá el gran interés de representar el eslabón entre la escuela, llamada de Fontainebleau, de los grandes paisajistas Rousseau, Dupré, Daubigny, y también de la de Corot, y los primeros impresionistas Sisley y Monet. La preciosa tela que figuró en la Exposición actual pertenece á su primera manera en que, sin imitarlo, trabajaba paralelamente con Corot, luciendo las mismas cualidades de delicadeza unida á la firmeza de la valorización: la admirable patina del cuadro "l'Île Saint Louis" contribuye á darle el sello y aspecto de una obra maestra. Las figuritas en este cuadro hacen recordar á Gavarni y á Daumier, teniendo el mismo carácter y la misma gracia. Fué en la segunda parte de su carrera, cuando Jongkind



ALIX

G. JAQUET

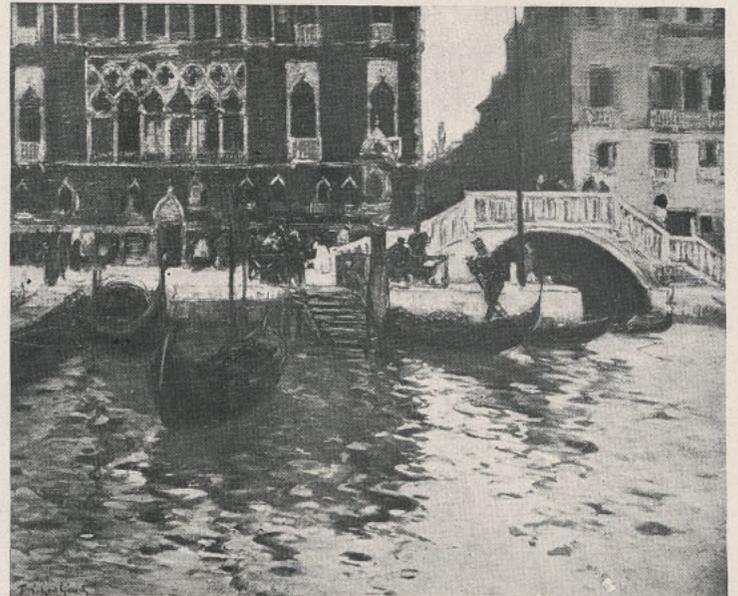
evolució, y conservando sus exquisitos matices de gris plateado, dió mucho más soltura á la ejecución, indicando y preparando así la manera de los maestros impresionistas citados más arriba.

Uno de los cuadros de Harpignies, "Le Chateau" pertenece también á la primera manera de este admirable artista, que hoy día, ya cerca de los 95 años, sigue pintando y produciendo grandes obras! El mismo panneau estaba completado por cuadros de "pequeños maestros" de la misma época, que, en grado menor, gozan del mismo privilegio antes indicado, es decir de ser hoy día muy estimados y buscados por los coleccionistas, á pesar de no haber tenido nunca triunfos muy rabiosos, y tantas veces efímeros! Estos pintores son Lapostollet, Lavicille, Lépine, Laminet y Lavallard.

Aunque sea Lhermitte un maestro moderno y bien moderno, su pastel Mont-Saint-Père pudo ser colocado entre los cuadros del mismo panneau, porque es uno de los que continúan, con admirable maestría y gran éxito, las tradiciones de la escuela de Millet. No puedo sino repetir lo que dije de Lhermitte en un reciente artículo escrito en "El Mercurio". Es entre los artistas de la generación actual uno de los más universalmente estimados y respetados. Su carrera desde su famoso cuadro de la Paga de los Segadores, que pertenece al Museo de Luxemburgo y que, hace unos treinta años, hizo sensación en el salón de París, es un modelo de honradez artística, y si Lhermitte ocupa hoy día un puesto de honor entre los más grandes artistas del mundo entero, no es debido á caprichos de la moda, ó apasionamientos violentos, pero á veces poco duraderos, sino

á la más sana constancia puesta al servicio de dotes admirables de pintor y de un alma de poeta. Siguiendo las huellas del gran Millet, sin imitarlo en lo más mínimo, continuó el poema de la Tierra y de los campesinos, con una austeridad y un cariño de apóstol. En la ejecución, particularmente de sus dibujos y pasteles, alcanzó una maestría insuperable; es á este último género que pertenecía el precioso pequeño pastel de la Exposición actual.

Pasando á otro panneau, tan interesante como el anterior, por tener agrupados y juntos, pintores de tendencias é ideas semejantes y que son los más genuinos representantes de la importante evolución artística de los últimos quince años, nos encontramos delante de las obras de Cottet, Simon, Menard, Latouche y Chabas, de quienes, puede decirse que son la flor del arte francés en la generación actual. En otras ocasiones dije la



HOTEL DANIELI (VENEZIA)

LEGOUT GERARD

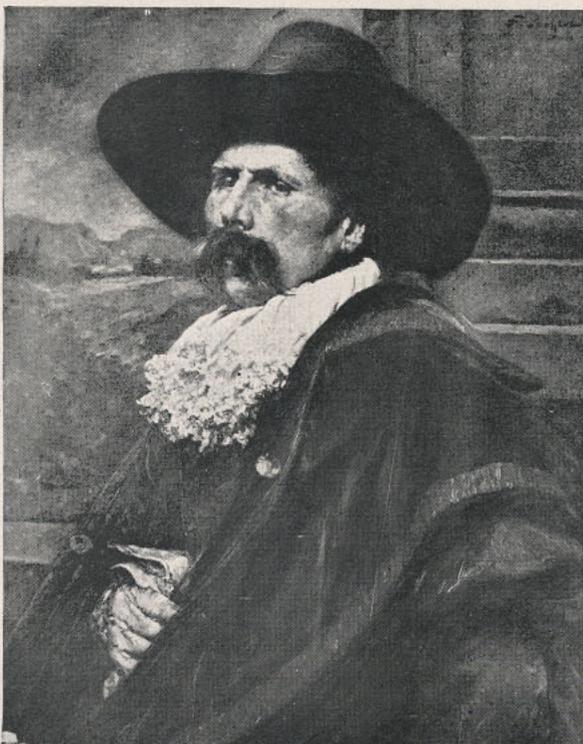


PAISAJE

A. GOSSELIN

importancia de estos pintores en el movimiento artístico. Ahora quiero decir algo de su carrera y de mis recuerdos personales. Cottet particularmente fué, y, gracias á Dios, es todavía mi amigo, pero hubo una época en que vivimos juntos, en que pasamos largas temporadas solos los dos en un rincón de esta costa de Bretaña, cerca de Brest, de donde ha sacado Cottet tantos temas característicos, y tantas marinas de aspecto trágico y sombrío, como las de la Exposición actual, evocadoras de duelos y naufragios. Camaret, donde hemos pasado, durante varios años, muchos meses, es un pequeño puerto situado en la punta extrema de la Bretaña. Yo lo descu-

GENTIL  
HOMBRE  
LUIS XIII



T. Roybet

brí, ó mejor dicho, yo fuí el primero en adoptarlo, sin sospechar entonces que llegaría á ser un verdadero centro intelectual, que alcanzó á ser célebre en el mundo de las artes y de la literatura, por haber sido colonizado, por una pléyade de hombres eminentes, entre los cuales se puede citar á Antoine, Toudouze, Saint-Pol Roux, Pierre Wolff, Ancey, Cottet, etc... y el ilustre renovador del teatro moderno, Becque, que fué durante dos meses huésped mío en mi casita de pescador. Fué en Camaret donde Cottet inició la evolución que le llevó á la gloria. Antes se había dejado seducir por una escuela y una fórmula muy distintas y opuestas á su verdadero temperamento; durante algunos años, presentó en el Salón cuadros de ejecución fina y de color indeciso, que pa-

recían inspirados por Dagnan-Bouveret, ó paisajes muy detallados pero sin gran carácter. Mas, de pronto comprendió cuál era su verdadero camino y empezó su serie de cuadros bretones, oscuros, vigorosos y de un intenso carácter que en pocos años le colocaron á la cabeza de la generación joven. Su manera robusta pero poco refinada no es de las que exigen estudios muy prolijos: más bien es de golpe y de efecto; pinta poco del natural, pero tiene una facultad rara de memoria del efecto: cuando una escena ó un aspecto de la naturaleza le ha impresionado, en seguida en su cerebro se opera un trabajo de sintetización, de caracterización exagerada, que queda impresa tan vigorosamente, que al día siguiente, si la impresión recibida ha sido de noche ó por la tarde, puede reproducirla, copiándola en su cerebro ya sintetizada con su máximo de efecto. A eso deben sus cuadros este aspecto fuerte y sencillo y de un carácter tan marcado. No percibe los matices delica-



LA DAMA DE LA CAPA ROJA A. LYNCH

dos y finos pero tiene una rara fuerza de concentración y de caracterización.

Simon, su amigo, su hermano en el arte, tiene una sensibilidad mucho más aguda y un don de observación, á lo Daumier, más humano y elástico: sus obras no se imponen como las de Cottet, con fuerza, y se podría decir con cierta brutalidad, pero atraen más, seducen más, interesan más: sin contentarse con el aspecto de efectos fuertes.

RICHON-BRUNET

(Continuará)



NOTRE DAME (PARIS)

P. F. RAFFAELLI

# La Aviación en Hidroplanos en Estados Unidos

VUELOS DE UN OFICIAL CHILENO



El día cinco de Junio último, se verificaban las pruebas de aviación por medio de hidroplanos en el río Hudson, en los Estados Unidos, y una inmensa multitud se apiñaba en el Club Colonial de Yacht, con cerca de tres mil personas de la sociedad más selecta. Aún no habían verificado pruebas en aquellos mares, de suyo naturalmente agitados y difíciles por los vientos que allí reinan de ordinario. El conocido aviador Vilmer debía efectuar una de sus primeras pruebas, y era la primera vez en la historia de la Unión que se hacían pruebas de este género llevando un pasajero á bordo, lo que hubo de efectuarse con toda felicidad, á pesar del fuerte viento que soplaba y hacía el caso en extremo peligroso.

Una inmensa multitud llenaba las riberas del Hudson, y se esperaba hasta las cinco que el viento disminuyera de fuerza, pues en condiciones tales, era sumamente peligrosa la ascensión. Así lo manifestó el aviador Mr. Vilmer, pero el teniente chileno señor von Schroed, de la marina de esa nación, no vaciló en despreciar el peligro manifestándolo así al señor Vilmer; no abrigaba temor alguno.

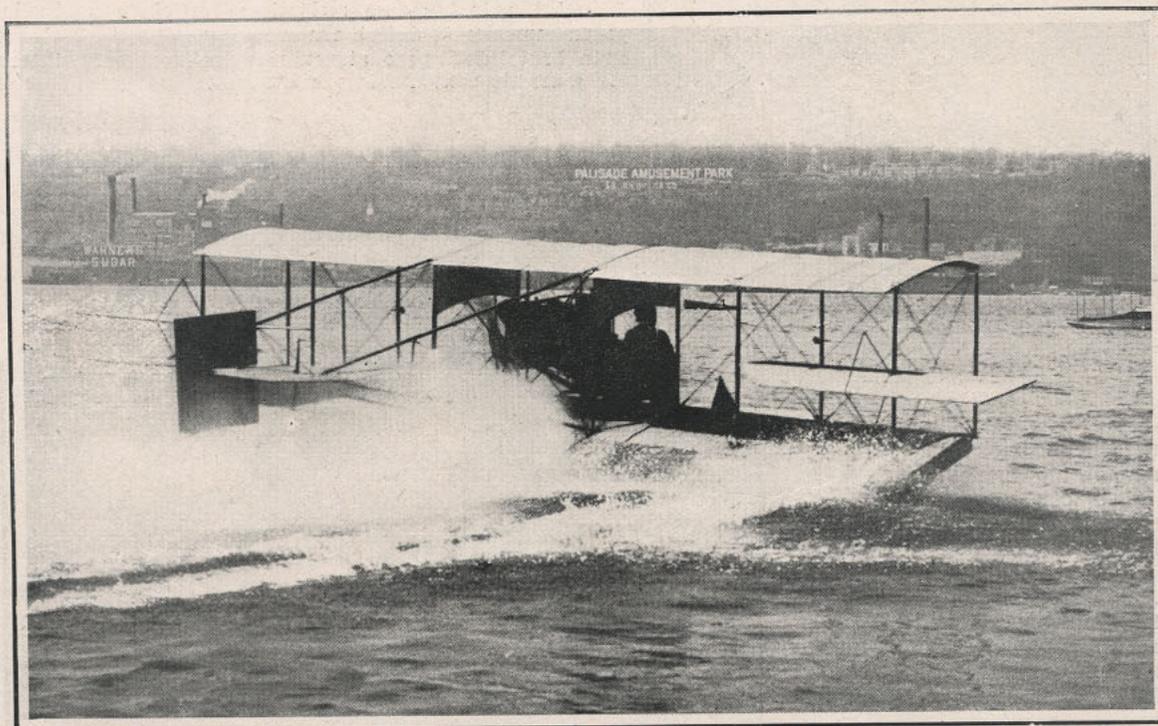
En vista de semejante disposición, Vilmer hizo una excursión preliminar con su aparato, para ver cómo marchaba, constatando que el viento era fuerte y el oleaje poderoso. Transcurridos algunos minutos volvió en busca del teniente chileno que se embarcó, elevándose inmediatamente á la mayor altura; hicieron varios descensos al mar, elevándose en seguida. Vilmer decía que jamás había tenido viento más fuerte en su carrera. La inmensa multitud que presenciaba el espectáculo, aplaudió con entusiasmo al ver que Vilmer con el joven oficial chileno se elevaban á más de doscientos piés sobre el mar, con viento con-



En compañía del ya famoso piloto Witmer, artes de volar

trario y en extremo desfavorable. La máquina manifestó gran rapidez en el agua, más ó menos setenta millas por hora, que mantuvo sin discontinuar. Con esta rapidez se mantuvo, subiendo y bajando del mar al espacio y del espacio al mar con agilidad verdaderamente portentosa.

Durante quince minutos el Ataché naval de Chile estuvo sobre el aparato que, por último, se desprendió blandamente y fué á caer de manera majestuosa en el Yachting Club sin el menor tropiezo. La multitud de socios que allí le esperaban, les sirvió un lunch. Es interesantísimo para la guerra naval este género de experimentos que permitirán acaso transformarla con el tiempo, dando á los acorazados papel bien diverso del que ahora les toca.



Zarpando

## ROOSEVELT, TAFT Y WILSON

La campaña electoral en los Estados Unidos de Norte América preocupa en estos instantes la atención del mundo entero, dada la trascendencia que podría tener un cambio de política, tanto en su política internacional cuanto en la económica y en el programa de la revisión de tarifas aduaneras; además, ya se aproxima á su término la obra del Canal de Panamá que habrá de traer una revolución en el sistema económico de Sud-América por el cambio de vías marítimas. y, de consiguiente, de mercados para sus productos.

La lucha se trabó en un principio, en el seno del partido republicano, produciéndose una división en el seno de la gran Convención del Partido, después de múltiples debates para arrojar fuera de ella á partidarios de Mr. Roosevelt.

El actual Presidente, Mr. Taft, que desea ser reelegido, y que acaba de ser proclamado en el seno de la Convención como candidato, ha producido con esto una división de los republicanos en forma que compromete los resultados definitivos del gran combate final.

Mr. Taft, que pertenecía á la más alta magistratura americana, fué llevado á la Presidencia de los Estados Unidos por verdadera imposición de Mr. Roosevelt. Pero, andando el tiempo, se produjo choque violentísimo entre ambos personajes. Roosevelt pretendía imponer á su sucesor, las ideas imperialistas que abrigaba, sobre todo en lo relativo á los trusts. Taft es persona esencialmente honorable y seria, sus adversarios le acusan de ser débil de carácter y tímido; es cordial, sencillo, llano, amable con todo el mundo y produce impresión fuerte y agradable en cuantos se le acercan; posee "encanto singular y se atrae á cuantos se le acercan". No se atrae á la gente por lazos de

admiração apasionada, sino por la sencillez encantadora de su trato, por su gracia y su humor magnánimo. Es hombre muy honrado y de buenas intenciones, pero un poco lento. Sus adversarios le reprochan que carezca de decisión y de iniciativa, que se pierda en los detalles, que examine

largamente un asunto sin tomar resoluciones. Dicen que pierde un tiempo precioso en examinar el pro y el contra, antes de tomar resolución alguna, siendo más bien un juez timorato que un enérgico hombre de Estado.

Pero Mr. Taft tiene el valor y sus responsabilidades no le arredran en manera alguna. Así fué cómo firmó el acuerdo con el Canadá en materias aduaneras, sobre bases de reciprocidad. Y propuso el arbitraje para su país en forma absolutamente amplia y sin limitaciones, á pesar de que sabía la resistencia formidable que habría de hallar en el Congreso.

La fisonomía del antiguo Presidente Roosevelt, es demasiado conocida para que sea necesario hablar nuevamente de él; su conducta durante la guerra con España á la cabeza de los Rough-riders, sus heroicos soldados de caballería le puso en primer

término. Más tarde fué un notable jefe de Estado que supo atraer sobre sí las miradas del mundo entero. La obra del Canal de Panamá, de proporciones grandiosas, está destinada á duplicar el poder naval de los Estados Unidos, permitiéndole reconcentrar todas sus escuadras en un momento dado, en condiciones de darle fuerza enorme y decisiva en las contiendas futuras de las grandes Potencias.

La lucha entre ambos ha tomado caracteres de tal manera graves, tan sido tales y tan virulentos los ataques recíprocos, que han llegado á producir con esto una grande

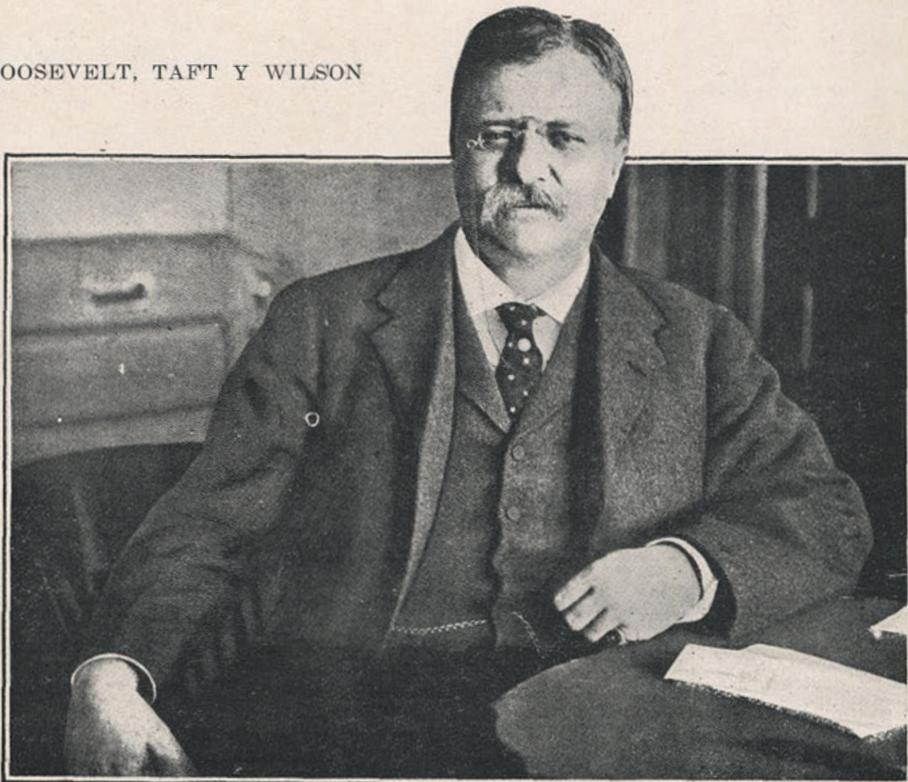


escisión en el seno del Partido Republicano, que irá dividido á las urnas, en condiciones tales que se facilita con esto el posible triunfo del candidato demócrata Mr. Wilson, uno de los más ilustres políticos y publicistas de la Unión Americana.

Mr. Wilson es ante todo un profesor notable, que se ha distinguido por sus estudios sobre administración y derecho público comparado. Es hombre de pensamiento y de estudio.

Uno de los grandes problemas que se presentaban entre Roosevelt y Taft, es el de los trusts, en contra de los cuales ha emprendido ruda guerra el Partido Republicano. Para Taft, la ley Sherman es instrumento suficientemente eficaz para combatir á las grandes corporaciones y las disposiciones de esa ley han bastado. Para Roosevelt, la manera como la ha aplicado y comprendido Mr. Taft, es una verdadera desvirtuación de ella; los decretos dictados por Taft han venido á servir exclusivamente á los trust, como el de la Standart Oil y el del Tabaco. Roosevelt predica la política del control absoluto del Estado sobre los magnates de la finanza, sobre los Bancos y los ferrocarriles. Esa será la única manera de servir los intereses de los oprimidos.

Mr. Wilson sostiene que es preciso respetar á las grandes corporaciones y trust mientras se mantengan dentro de la ley; en tal caso pueden ser útiles á la sociedad y á sus



Teodoró Roosevelt

conciudadanos. En cuanto se salgan del marco legal, es cuando debe comenzar la intervención del Estado.

En la cuestión de las tarifas aduaneras es donde los candidatos se encuentran en más serio debate. Mr. Taft, se declara proteccionista, pero tomando en cuenta los dictámenes de una comisión especial para cada caso y estudiando cuál puede ser la diferencia que existe entre el precio de venta de las mercaderías en los Estados de la Unión y en el extranjero para que no sea exorbitante la ganancia de los productores nacionales con detrimento de los individuos. Roosevelt, acepta el principio aduanero de Taft, pero agrega que éste mientras ha estado en el poder no se ha preocupado para nada de la cuestión. En cuanto á las tarifas con el Canadá, sostiene que debe tenerse presente ante todo los intereses de los asalariados y de los pequeños propietarios.

Mr. Wilson, con los demócratas sostiene que las tarifas actuales no sirven los intereses de la Unión, sino que por el contrario sólo son útiles para mantener los monopolios existentes que han venido á destruir por completo la competencia antigua con daño de los consumidores. En la actualidad toda la sangre de los campos es extraída en beneficio de las industrias manufactureras, y las condiciones mórbidas en que la sociedad se encuentra son debidas á semejante estado. Hemos estimulado la producción y no tenemos mercados suficientes para el exceso.

Tales son los principales puntos del programa de los candidatos en lucha. Se encuentran en presencia tres grandes personalidades políticas que encarnan los diversos intereses y las aspiraciones del pueblo americano. Será una lucha esencialmente republicana y democrática.



Mr. Wilson



# 16 DE AGOSTO

(Páginas de un diario)

Empezaré por confesar que mis aficiones sismológicas datan únicamente desde el terremoto del 16 de Agosto de 1906. Es indudable que este espíritu científico tenía que despertarse ante la gravedad del caso y ante la inseguridad de la vida sobre nuestra corteza de tierra chilena. Además, cada habitante de Santiago se fabricó una teoría de acuerdo con sus alcances y su temperamento. Las beatas creyeron como el buen obispo Villarreal en el terremoto del 13 de Mayo de 1647, en el siglo XVII, que la tierra se movía por la soltura de las mujeres en materia de deshonestidades. Los pacos desvanecían las noticias de nuevos temblores diciendo que en la prefectura no se había sabido nada y algún científico, frío y calculador, disertaba sobre las mareas interiores de lava que se mueven y se convulsionan en las entrañas del globo como las olas en la superficie de la tierra. Yo oía y callaba. En medio de la confusión y del espanto, mi cerebro permanecía claro y razonable y se daba exacta cuenta de cuanto ocurría á su al rededor. La tierra convulsionada movíase rabiósamente y la multitud, unida por el espanto más animal é instintivo, dirigió sus manos á lo alto en un alarido quejumbroso y horrible: querían como ahogar en un griterío desenfrenado la magnitud de la catástrofe. Inmensa desesperación conmovedora había en esos gritos desgarrados que de trescientas mil gargantas subían al cielo húmedo que se había roto súbitamente dejando aparecer el frío titilar de los astros: grandes vellones negruzcos corrían desesperadamente escarmenándose en contorsiones caprichosas. Pasado el peligro, restablecida un tanto la calma, la muchedumbre comenzó á vagar por las calles. Aún quedaban en los corazones un resquemor, una vaga huella de miedo, apenas un temblor hacía moverse con ese ruido característico las puertas y los fa-

roles de las calles, pero en los rostros al gesto trágico del terror había sucedido una sonrisa afectuosa, comunicativa, humanamente cariñosa.

Aquel día se reconciliaron los amigos, se concertaron matrimonios y se quisieron inmensamente los amantes. Una oleada de



Edificios destruídos la noche del 16 de Agosto en la Gran Avenida de Valparaíso

reconfortante cariño sopló sobre Santiago. La seguridad, la convicción de que todos seguían viviendo, que la tierra no se había tragado la ciudad y de que aún existían sus calles y sus edificios brotaba de todas las almas con suave calor. Ese instante de horrorosa tensión en que, según una expresión popular, se habían alcanzado á rezar tres credos, parecía expansionarse en todos los corazones por un acercamiento simpático, por una atracción instintiva que borraba todas las distinciones de clases y todos los convencionalismos.

Frente á la casa en que yo vivía solía ver una muchacha rubia, el tipo perfecto de una burguesita acomodada de nuestra clase media. La chicuela era impenetrable: en vano mis ojos de veinte años la espían tras los vidrios del balcón; ella sería, helada, impenetrable, cuando se aburría de mi espionaje cerraba de un golpe el balcón dejándome completamente decepcionado. Ese golpe lo sentía yo en medio de mi amor propio. Sin embargo, al cerrar la ventana había en ella un despecho tan estudiado que en mis aficiones precoces de sicólogo había formulado la sentencia favorable á mi vanidad: le gusto, pero su espíritu femenino reacciona ante su instinto natural.

En la noche trágica, no la divisé, aunque pensaba mucho en ella, al ver un par de amantes estrechamente abrazados que ahogaban su terror en esa pasión ardorosa de sus dos seres. Pero al día siguiente la ví, pálida y desenchajada, el cabello mal peinado, son-



Efectos de la hecatombe en las grandes casas en construcción de los señores Astoreca

reirme ardentemente, invitarme con un gesto deliciosamente femenino á una conversación de vecinos. Desde ese día tenía de quién preocuparme. La gente se resistía á dormir dentro de las casas. Para ellas las paredes bajo las cuales habían vivido tanto tiempo tenían un mutismo trágico: había desaparecido esa dulce confianza de la familiaridad, grata religión doméstica que descansa en los retratos de las paredes, ó en los muebles antiguos que varias generaciones han usado.

La acompañé casi todo el día; y en la noche todos fabricamos en la Avenida Brasil una casucha de latas para dormir sin temores. Saqué los cobertores de mi cama y envolví los pies de mi rubia á pesar de su resistencia. Mientras su madre dormía, nosotros velábamos conversando como amigos de toda la vida. El cielo se había despejado completamente; y en la atmósfera purificada por la llovizna de varios días, los astros brillaban con nítida pureza. Veíamos los grupos de familias conversando ahora alegremente, encima de los hombros los cobertores de las camas, mantas desenterradas del baúl. Refán y bromeaban. Pasó un grupo de muchachas con un joven de ojos azules y expresivos. Contaba algo muy gracioso y las muchachas envueltas en un cumplido pañuelo popular, sonreían en medio de sus temores. Parárcense frente á nosotros sin vernos. Daban pataditas en el suelo para entrar en calor; y el joven las obligaba á beber aguardiente de una bota de soldado, acercándosele á los labios.

En ese momento pasaba toda una familia envuelta en colchas.

Su aspecto era ridículo. El joven las miró y murmuró por lo bajo:

— Mala noche van á pasar las pulgas, Chabelita, no es cierto?

Todos rieron ruidosamente y echaron á andar. Mi rubia era presa de un ataque de risa. Yo me limité á murmurar por lo bajo con tono de profunda filosofía:

— Esa es la revancha del cerebro sobre el instinto; nada más animal que el miedo; y nada más cerebral que la burla.

Mi rubia me miró con asombro ingenuo y bostezó sin disimulo.



Removiendo los escombros en busca de cadáveres

Sin embargo, el temor no disminuía. Santiago vivía en las calles. Las familias habíanse apoderado de los tranvías y dormían apretados unos con otros; sólo el prosaico comer los hacía entrar á la casa: á aquella hora creíanse posiblemente libres de los estremecimientos del suelo.

De todo Chile llegaban noticias por telégrafo. Valparaíso en completa ruina. Talca á medio destruir. Concepción con algunos deterioros en sus barrios centrales.

La vida nacional se interrumpió de súbito y todos se entregaron á ponerse en salvo, viviendo en las plazas y en la Quinta, en el Parque, en la Alameda. Aún allí creíanse en peligro si la tierra se abría súbitamente para volver á cerrarse como es fama que sucedió en otros terremotos. Recordábanse temblores anteriores; y los viejos contaban detalles del año de la ruina. En realidad, habíamos tenido suerte. Si el terremoto hubiera tenido las proporciones de los anteriores, Santiago habría perecido sin remedio. La civilización misma con sus grandes construcciones de tres pisos, el condensamiento de la población, la debilidad de los tabiques modernos, habrían ayudado á hacer más horrenda la catástrofe. Recordábanse los viejos del Santiago antiguo, de amplias calles y sólidas viviendas que se mantuvieron en pie á causa de la macicez de sus murallones de cuartel; y la leyenda milagrosa del señor de Mayo corría de boca en boca con grata frescura mística. El recuerdo parecía traer de aquel siglo ingenuo y religioso un aroma de consuelo. Dios se había preocupado de estos sus lejanos territorios; y seguiría preocupándose: era una muestra clara el terremoto que hacía purgar el pecado del lujo que flotaba en el ambiente. En el fondo de cada habitante del pueblo, se presentaba este problema con una fijeza testaruda.

Por eso, algunas noches después, al salir una procesión de muchachitos y de gente del pueblo, de la iglesia de la Graciosa, y cantar una salve ingenua al señor de las alturas, no hubo corazón que no sintiera un soplo de lo desconocido pasar por sus nervios. Las voces tenían una grandiosidad nunca vista: elevábanse al cielo, dueñas del aire, porque la ciudad estaba silenciosa y oscura. Prestábase un tinte de trágico colorido el desga-



El Círculo Naval y el malecón de Valparaíso, después del terremoto



Un montón de escombros donde antes había un palacio

rrado temor que había en sus almas; y al canto desabrido, potente, dominador, llenaba la bóveda obscura de los cielos y hacía palpitar un tierno centelleo á los astros clavados en la altura.

¡Quien oyó aquel coro maravilloso y potente, instintivo y absurdo, como el bramido del rebaño ante la amenaza de un aluvión, guardará de él eterna memoria! La gente instruída consolóbase inventando teorías, pidiendo opiniones al señor Obrecht, del Observatorio de la Quinta ó al astrónomo Courtis del San Cristóbal; el pueblo no entendía de movimientos geológicos ó zonas sísmológicas, él creía aquello firmemente un castigo del cielo y se consolaba arrojando al aire, en maravillosa colectividad el grito absurdo y primitivo que nacía de lo íntimo de su naturaleza poderosa antes de pasar por las gargantas.

✽

Pasado el peligro, todo el mundo razonaba. Los diarios venían repletos de noticias. Valparaíso arruinado era la víctima más asendereada por la conmoción. Una peregrinación interminable de gente corría al puerto, aguijoneada por el deseo y el temor: cada uno de aquellos hombres que tenían un pariente en Valparaíso marchaba tesoneramente, á ratos en tren, la mayor parte del camino á pie, sin comer; un impulso ciego y potente los guiaba. A cada noticia que les llegaba al aproximarse á la ciudad, incendio, ruina, muertos desesperados, cada uno de los miembros de aquella caravana desolada sentía encenderse su sangre y palpitar su corazón.

En tanto, tejíanse teorías de toda especie en la capital. Para la mayoría el teniente de marina Middleton que anunció con un día de anticipación la catástrofe, tomaba los caracteres de un sabio casi milagroso. Un capitán de buque daba también donosas teorías á propósito de las estrellas y sus conjunciones con los planetas. Un muchacho amigo mío creía firmemente en las mareas interiores de lava y las atracciones de la luna. Para él aquello no tenía duda. Había

observado que la luna nueva trafa cambios atmosféricos y pequeños temblores, y según él esto coincidía con la marea más alta del mes; no tenía entonces nada de extraño que los mares de lava que según la imaginación de mi amigo, hervían y se agitaban en las entrañas de la naranja terrestre, conmovían la estructura de la corteza al recobrar su nivel.

Los sabios afirmaban que una zona continuada que recorre la costa de la América del Sur y del Asia oriental, nos condenaba á ser la cuna de su majestad el terremoto, cuyos viajes á nuestra tierra eran ya de desastrosa memoria. Cada cincuenta años la arquitectura de nuestras ciudades cambiaba. Menos mal que nuestros volcanes apagados no daban paso al océano de lava de que hablaba mi amigo y nos inundaba como en la Martinica con sus oleadas hirvientes y devastadoras.

1647, 1819, 1868, 1877, 1906: destrucciones de ciudades, buques lanzados contra las piedras por la fuerza de las corrientes al hincharse la superficie de la tierra, ó dejados en seco al vaciarse un río como si fuera un recipiente roto, todo indica que nuestro Chile accidentado é irregular aún está

en un período de transición geológica. El temblor tiene su influencia en las hondas y arraigadas supersticiones de la tierra. Aquel viajero inglés que burlescamente refiere que los monótonos mates de la colonia, al amor del brasero de bronce, eran interrumpidos por el característico crujir de las maderas de la casa, agrega que en el fondo de los patios de las casas había para resguardarse un rancho de paja, donde se refugiaba la familia.

El soneto de Rubén Darío aparece en mi memoria sin saber por qué:

El cielo lleno de constelaciones brilla,  
y su oriente disputan suaves luces bermejas;  
de pronto, un terremoto mueve las casas viejas  
y la gente en las calles y patios se arrodilla.

MARIANO LATORRE.



Esquina de la calle Blanco convertida en ruinas

# PALABRAS INOLVIDABLES

(Conclusión)

—Sin embargo, replicó la condesita, debemos esperar que tu madre vivirá mucho tiempo todavía y ¿piensas pasar tu vida entera en esta soledad y renunciar á todo amor?

—¿Quién dice eso? No soy bastante enemiga de mi propia felicidad; quiero casarme como cualquiera otra, pero sin traicionar mis deberes, ni mis gustos ¿crees que eso sea imposible?

—Imposible, cuando uno es hecho como lo eres tú y baronesa de Hainstetten! No hablo de tu fortuna ¿recuerdas que en el colegio deseabas ya encontrar alguno que te amase por tí misma y "á pesar" de tu fortuna?

—Y si lo hubiese encontrado? contestó sonriendo.

—¿Cómo! dijo Matilde sorprendida. No es cierto, dí... ¿Será él? ese extranjero, ese preceptor tan interesante, ese tu profesor de literatura el doctor Felipe Schwarz?

—Pero no hables tan fuerte, querida, dijo Victoria, mirando á su alrededor. Es cierto que aquí no hay alma viviente, pero ni los pájaros deben saber todavía mi secreto. Vuelve á sentarte y escúchame. Es una historia bastante original y sencilla. Principió en la Rotonda de Vizancio y si tiene un desenlace feliz es allí donde se terminará. Te escribí diciéndote que había pasado allí una hora inolvidable y que aún me había venido la idea de comprar esa propiedad casi abandonada para restablecerla en su primer esplendor. Por la primera vez en mi vida sentí entonces que es verdaderamente una dicha ser rica, bastante rica, para pagarse tales caprichos. Pero lo que aún no te había dicho era que con la villa quería comprar "todo" lo que contenía y en el inventario figuraba un hombre joven que había encontrado dormido en la yerba y á quien desperté con mi canto. No sé cómo sería, pero aún no habíamos cambiado cien palabras que ya se había confirmado en mí esta resolución. Si compraba la villa, el joven extranjero debía ser parte. Llama eso un capricho, una idea loca, como quieras: ya sabes qué encanto han tenido para mí las quimeras! En el fondo veo bien que es orgullo y que al querer á despecho de los obstáculos realizar una idea, quiero persuadirme y persuadir á los demás que es perfectamente razonable. En esta ocasión mi éxito ha ido más allá de toda esperanza: el interés que ese joven había despertado en mí se ha acrecentado desde que lo he puesto á prueba. ¿No viste tú misma esta tarde su conversación llena de encanto?

—Su conversación, exclamó Matilde estupefacta, pero si un libro puede también parecernos interesante y lleno de encanto y uno no se casa con un libro! Vamos á ver, querida Victoria, díme con la mano en el corazón: ¿lo amas?

—No sé cómo entiendes tú esa palabra. Si el amor es una pasión loca que me dejaría desamparada á la sola idea de no poseer á aquel á quien amo, nó, mis sentimientos no son de amor. Quizá sea porque desde que lo conocí estuve segura del éxito: yo sabía que no podía escapárseme si lo quería seriamente. Sentía el prestigio que ejercía sobre él y la experiencia de estos pocos meses me lo ha confirmado. ¿No sabes cuán pobre soy de afectos á pesar de toda mi riqueza? En lugar de un Titano de un precio fabuloso ó de alguna estatua griega, si quiero pagar un hombre que me guste y que me ame ¿puedes condenarme?

—No ¿pero qué se puede pensar del hombre que se dejaría comprar?...

—Cállate, no pronuncies semejante palabra que es además completamente falsa. Lo que me permite, ó á lo menos me excusa, para proceder de esa manera respecto de él es que es un soñador, uno de esos entusiastas para los cuales no valen nada todos los tesoros de la tierra comparados con una idea grande, con una hermosa obra de arte. Estoy segura que me amaría lo mismo si yo fuese pobre y él dueño de Hainstetten.

—¿Te ha declarado su amor?

—Sí, pero no con palabras, sino con sus miradas que son un lenguaje tan expresivo. Es muy orgulloso para pedir lo que no está cierto de obtener y sobre todo él quiere hacerse digno de mi amor creando una "otra" que lo coloque entre los elegidos de la humanidad, aún á despecho de su origen burgués. Lo dejo hacer, pero si la espera fuese muy larga... tú me conoces Matilde: no soy coqueta, pero no sería mujer si no encontrase el medio de inducirlo cuando yo quiera, á declararme su amor. Y entonces... lo haré feliz como él lo merece!

—¿Has pensado en lo que dirá el mundo, cuando se sepa que la joven baronesa Victoria de Hainstetten se ha transformado en la señora de Felipe Schwarz? Bien sabes que soy completamente aiena á todo prejuicio y me habría casado con mi Lorenzo, aunque no hubiese sido más que un lugarteniente sin nombre y sin fortuna! pero un pobre diablo de pedagogo, que has recogido en tu camino... Nadie comprenderá que te hayas enamorado de su griego!...

—Y qué me importan los juicios del mundo? Quiero ser feliz á mi modo y nuestro que hemos de vivir en esta soledad, no es necesario que le compre un título de nobleza. Y cuando vamos á Milán en viaje de novios, después de haber pasado algunas semanas en nuestra Rotonda... pues ya he hecho algunas propuestas á su dueño para comprársela...

En ese momento oyeron los alegres gritos de César, que habiéndolas descubierto en su retiro corría hacia ellas.

—Pero ¿dónde estaban metidas? La caleza está enganchada hace mucho tiempo y mi tía las ha buscado por todas partes.

Mi mamá me ha dado permiso para acompañarlas un rato en mi poney.

Las dos jóvenes se levantaron.

—Guarda para tí sola mi secreto, dijo en voz baja Victoria, no digas nada, ni á tu novio.

—Tranquilízate, contestó Matilde, pasándole el brazo por la cintura, no diré nada á nadie por el sólo temor de ser tenida por loca... Pobre Gastón! cuando pienso en su pesar, en su desesperación... pero tengo esperanza todavía...

—Victoria, preguntó César, ¿sabes dónde está el señor Felipe? Lo he buscado inútilmente por todas partes: él habría podido acompañarnos, pues ahora monta bien á caballo. Creí encontrarlo aquí, porque es su rincón favorito...

—Ya ves que estamos solas. Habrá ido sin duda hasta el pueblo. Es sensible que no pueda despedirse de ustedes.

—Tanto mejor, contestó Matilde, no sé qué cara le habría puesto ahora.

VII

La caleza se había alejado hacía largo tiempo llevándose á los visitantes, César había también regresado, pero Felipe continuaba ausente. Al fin se decidieron á tomar sin él el té de la tarde; corría un viento frío y toda la familia se había agrupado alrededor del fuego. La baronesa y Zeferina recordaban los incidentes del día y comentaban las cualidades y gracias de Gastón y Matilde... Victoria estaba absorta en sus pensamientos y parecía inquieta.

No pudiendo resistir por más tiempo se cubrió con un chal y salió á la terraza; la noche estaba clara, el cielo de un azul obscuro ostentaba apenas una que otra estrella. Hacía un momento que Victoria contemplaba ese espectáculo, cuando le pareció ver una sombra que se movía en el jardín. Era él sin duda!

Sin titubear bajó y dirigiéndose á su encuentro, le dijo:

—¿Qué se había hecho doctor? Ya empezábamos á inquietarnos.

—Señorita, contestó retrocediendo un poco, desde hace rato me preguntaba cómo podría hacerle saber que deseaba hablar un momento con usted. ¿Quiere entrar conmigo al jardín?

Su voz tenía una resonancia extraña. Ella se quedó muda de sorpresa, buscó sus ojos, pero no pudo distinguirlos en la sombra.

—¿Qué tiene? ¿Le ha sucedido una desgracia?

—Sí, me ha sucedido una desgracia, lo bastante trágica para conmover todo mi ser. ¡Ah! si sólo fuera compuesto de materia pensadora, éste sería un hermoso estudio para mi libro, una brillante confirmación de mi teoría. La Fatalidad acaba de caer sobre dos seres inocentes, y el Destino desempeña su pérfido rol... Sólo falta esa bella serenidad que veía siempre y que creí capaz de atenuar el honor. Ahora no la encuentro ¡ay! sea porque no tengo en mis venas sangre de héroes ó simplemente porque las cosas se presentan distintas, según que uno sea actor ó simple espectador de la tragedia... Bien, señorita, deseaba verla una vez más para decirle adiós. Es necesario que parta esta misma noche.

—Pero es imposible, exclamó ella ¿qué ha pasado?

—Imposible!... sí, y sin embargo, es necesario que así sea, aunque fuese superior á mis fuerzas. No quiero engañarla: estamos muy cerca para no decirnos uno á otro la verdad entera. Quiero que sepa que he oído toda su conversación con su prima!...

Ella sintió que toda su sangre se le helaba en las venas: su corazón parecía querer dejar de latir y su pecho dejó escapar un suspiro de angustia. Cerró los ojos como para ocultarse la terrible visión.

—Usted vá á reprocharme mi conducta como si hubiese faltado á las leyes de la delicadeza, balbuceó con una voz triste y entrecortada. Pero soy inocente de esta falta y de una manera completamente trágica.

"Me sentía muy mortificado en la mesa al verla conversar tan familiarmente con su primo: Las dudas que en otro tiempo me torturaban volvieron con mayor fuerza: ¿podría jamás llegar hasta usted?... Entonces me fui al campo al través de los bosques, caminando á prisa, como un loco, para sofocar el pensamiento que me atormentaba. Al volver llegué á este banco en donde he pasado tantas horas deliciosas, soñando con una dicha imposible, pero el sol era ardiente y daba un reflejo insostenible: entonces busqué la sombra y me recosté en la falda de la colina, entre las yerbas, muerto de fatiga y de emociones: el sueño una vez más me tuvo compasión y me libró por un momento de mi dolor... Desperté como en otro tiempo también, con su voz... pero ¡ay! para mi desgracia..."

Ahora comprenderá que no puedo, que no debo dormir bajo el mismo techo que usted... He recogido lo que me pertenece y dejado sobre la mesa una carta para usted, en la que le comunico que llamado por un amigo para un asunto urgente, parto para Gratz. Si dentro de algunos días le llega otra carta anunciándole que me es imposible volver y que aún debo alejarme más todavía usted sabrá señorita, lo que eso quiere decir. Parto bien triste, por no poder decir adiós á mi discípulo á quien amo profundamente, ni á su buena madre. Dígame...

Calló y se volvió á un lado para ocultar sus lágrimas.

—Nó, no es posible doctor, si usted ha oído todo, todo lo que yo he dicho, no puede estar disgustado, que por algunas palabras que desgraciadamente se me han escapado.

—Ciertamente: comprendo y perdono todo, pero ¡ay! perdonar no es olvidar! Hay palabras que todo hombre cuidadoso de su dignidad no puede y no debe olvidar aunque lo deseara. ¿Estoy herido? N6, no tengo derecho para ello. En suma usted me ha dado un testimonio que me honra y yo no hago gran caso de mi propia persona y ella no había empezado á tener valor ante mis ojos, sino desde el momento en que juré merecerla. Sin duda habría venido algún día á decirle que la amaba sobre todo y que á pesar de nuestras diferencias sociales, había tenido el atrevido sueño de obtener su mano, usted lo ha dicho; precisamente porque soy un pobre diablo, no me dejo intimidar; ni seducir por la riqueza. Yo al menos tengo esta opinión, que si dos seres humanos tienen igual nobleza intelectual y moral, cualquiera otra distinción que tienda á separarlos, es vana y despreciable.

“Yo me creía digno de usted, señorita y continuaré creyendo que no habrá ninguna razón que me impidiera aspirar á su mano y que para concedérmela no necesitaría ninguna condescendencia de su parte.

“Ahora sé cómo consideraba usted nuestras relaciones. No soy más que una pieza de valor en el inventario de una gran villa y sólo á ese título le soy caro. Usted ha bendecido su riqueza porque le permite ese lujo: tomar por marido á un pobre diablo y hacerlo dichoso como merece... ¡aún sin amarlo! Perdóneme no obstante, el que conserve la sola cosa que á él lo hace rico: su libertad y su orgullo de hombre!

“O talvez me dirá usted que todas esas palabras no reflejan sus verdaderos sentimientos; que usted ha querido excusar con eso ante su prima su mal matrimonio futuro.

—N6, contestó ella, con una voz firme, yo no sé mentir ¡debería depender la felicidad de toda mi vida de una mentira!... Pero usted es bien cruel al recordar así todas mis palabras y darles una plena significación que ellas no tenían y puesto que la más entera sinceridad debe existir entre nosotros, debo decirle que no he manifestado todavía mi más íntimo sentimiento y si para su orgullo de hombre herido, es un bálsamo ver humillada ante usted mi altivez de mujer joven, le confieso... N6, usted no me creería ahora. Sin embargo se verá obligado á creer algún día, cuando me haya dejado y que sepa que no he encontrado felicidad en esta vida, porque no pude imaginármela sin usted y que soy muy orgullosa para contentarme con otro!

Ella se volvió á un lado para ocultar sus lágrimas.

—¡Cuántas gracias le doy por esta confesión! exclamó en un arranque en el que iba toda su alma. Ella quedará también inolvidable en mi corazón y será mi fuerza cuando me sienta anodado por el otro recuerdo... ¡Ah! que no pueda yo matar en mí este maldito pensamiento contra el cual se revela todo mi ser: “Ella era bastante rica para comprarme!” N6, esto envenenará toda mi vida!... No me acuse de crueldad: es el inhumano Destino que lo ha querido... ¡Adios!

Cayó de rodillas y como ella le tendiera sus manos temblorosas para ayudarlo á levantarse él las tomó y las cubrió de besos y de lágrimas... después, enderezándose:

—Adiós, adiós!... y huyó.

VIII

Cuatro años pasaron durante los cuales nada cambió en el castillo de Hainstetten, pero César estaba en pensión donde un profesor de gimnasia de Gratz y la sonrisa no había aparecido jamás en el semblante de Victoria.

Un día recibió una carta de Matilde, fechada en Roma, y que contenía el párrafo siguiente:

“Ayer experimenté un sentimiento de viva tristeza, del que tengo que hacerte partícipe. Visitaba los monumentos fúnebres del Monte-Pío, donde se encuentra más de una obra maestra de arquitectura y de estatuaria, cuando ví de repente una tumba modesta con un nombre que me llamó la atención; el de ese joven alemán que fué un día mi amable vecino de mesa en Hainstetten y que te había inspirado una viva simpatía “Dr. Felipe Schwarz”, ninguna fecha de nacimiento, ni de muerte, pero abajo esas dos palabras latinas cuyo significado me hice explicad, “Oblivisei nequeo!”, “No puedo olvidar!”

¿Qué drama misterioso encierran esas dos palabras? No me atrevo á pensarlo. Quizá tú lo adivines mejor que yo.

Algunos años después Victoria perdió á su madre; entonces pensó que su misión sobre la tierra estaba cumplida. Había conservado su belleza, pero jamás había vuelto á encontrar la dicha.

Seis meses más tarde la encontraron muerta en su cama, una mañana: había sucumbido á una embolia al corazón.

En su testamento dejó escritas estas palabras: “Deseo ser enterrada en nuestro parque en ese lugar que siempre preferí y en mi loza funeraria, bajo mi nombre, no quiero más que estas dos palabras: “Oblivisei nequeo!”

PABLO HEYSE.

# CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

**POLVO DE ARROZ SIMON**  
SIN BISMUTO

**JABÓN Á LA CRÈME SIMON**

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

## SELECTA

REVISTA MENSUAL, ARTÍSTICA

EDITADA POR LA EMPRESA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año . . . . . \$ 10.00  
Seis meses . . . . . 5.50  
Número suelto . . . . . 1.00



¿ Está usted fatigado por un trabajo cerebral excesivo?      ¿ Está usted anemiado por un clima debilitante?

¿ Quiere usted apresurar su convalecencia, ó sencillamente poder dedicar mayor suma de fuerza física á los deportes?

En cualquiera de estos casos, tome usted la

# BIOFORINA

Es un producto de sabor muy agradable  
:: que estimula las facultades intelectuales, ::  
:: las sostiene en su esfuerzo, al mismo tiempo que aumenta la capacidad del trabajo muscular

Véndese en todas las Farmacias      Exijase la Marca  
A. GIRARD, 48, Rue d'Alésia - PARÍS

Terso como el marfil      Fresco como la aurora  
Perfumado como el aliento de las flores  
Más suave que una caricia de niño

es el rostro de la que usa la

# FLORÉINE

CREMA DE BELLEZA

La Crema Floréine hace desaparecer  
EMPEINES, RUBICUNDECES,  
COMEZONES,  
y realiza la higiene completa de la piel.



A. GIRARD, 48, Rue d'Alésia - PARIS

Pedir las últimas novedades de Perfumería Oriza

Blason d'Or, Eventail, Relique d'Amour, Etc.

Ensayarlas es adoptarlas. De venta en las principales Boticas y Perfumerías y en la Botica Francia.

**L. LEGRAND**  
PARIS.

# FAMILIA

REVISTA MENSUAL

Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Cocina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas, Música y cuanto pueda desear una buena dueña de casa.

Unica en su género en Sud-América

SE PUBLICA EL TERCER DOMINGO DE CADA ME

Material ameno é instructivo

Precio: UN PESO

Suscripción anual: DIEZ PESOS

Debido á la excelente acogida que le ha dispensado la sociedad en general, cada vez aparece más interesante y nutrida de material que va llenando cumplidamente las expectativas de sus lectores, para cuyo fin la Empresa editora no omite sacrificios de ningún género.

"FAMILIA", puede decirse, suple con ventajas la falta de publicaciones extranjeras de su clase, las que por su alto precio y limitada circulación en el país no están siempre al alcance de tantas personas que necesitan una revista de modas. - Hay colecciones completas desde el primer número.

Dirección y Administración: CALLE TEATINOS, 666

La Reina de todas las Aguas Colonias

es la

Agua Colonia **Lilac**

de Gustav Lohse, Berlin

En venta en todas las casas buenas del ramo

# Nuestro Concurso de Bellezas



Fotografía del collar de perlas, obsequio de los señores fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE, que será adjudicado como único premio á la señorita que obtenga la primera mayoría en la votación final del concurso.

<b>CONCURSO DE BELLEZA DE "SELECTA"</b> VOTACION DEFINITIVA	
<b>La agraciada con la mayoría de votos recibirá como premio el magnífico COLLAR DE PERLAS obsequiado por los señores Fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE y su retrato será reproducido en la Revista al tamaño de una página y en colores.</b>	
Voto por el N.o.....	*(Escribase en números y en letras)
Firma .....	
Ciudad .....	
Fecha .....	

Toda correspondencia referente á nuestro Concurso de Bellezas debe rotularse al DIRECTOR ARTÍSTICO DE "SELECTA", EMPRESA "ZIG-ZAG", SANTIAGO.

# Señoritas que han obtenido el mayor número de votos

## PROVINCIA DE TACNA

Tacna: Laura Cisternas  
Arica: Elena Nieto

## PROVINCIA DE TARAPACA

Iquique: Amy Mayne Nichols

## PROVINCIA DE ANTOFAGASTA

Antofagasta: Sara Bustamante  
Tocopilla: Sara Gutiérrez  
Taltal: Ada Lois

## PROVINCIA DE ATACAMA

Copiapó: Marta Briceño

## PROVINCIA DE COQUIMBO

La Serena: Marta Munizaga  
Coquimbo: Paquita Suárez  
Ovalle: Matilde Varela

## PROVINCIA DE VALPARAISO

Valparaíso: Raquel Merino Vicuña  
" Raquel Luco C.  
" Emma Bobillier  
Quillota: Rosa Grez S.  
Viña del Mar: Florencia Zegers B.

## PROVINCIA DE ACONCAGUA

San Felipe: Rcsa Soza C.

## PROVINCIA DE SANTIAGO

Santiago: Sara Besa Montt  
" María Cordero Vivanco  
" Josefina Vial Freire  
" Tula Montes M.  
" Kyrima Prieto Nieto  
" Lily Rogers Caverio  
Melipilla: Blanca Pizarro  
San Bernardo: Marta Mac Lean

## PROVINCIA DE O'HIGGINS

Rancagua: Zunilda Lemaitre

## PROVINCIA DE COLCHAGUA

San Fernando: Sylvia Salvatierra

## PROVINCIA DE CURICO

Curicó: Graciela Correa

## PROVINCIA DE TALCA

Talca: María Larraín  
Molina: Elena Silva S.

## PROVINCIA DE LINARES

San Javier: Blanca de la Cerda E.  
Linares: Aída Max Carte

## PROVINCIA DE MAULE

Cauquenes: Blanca Pinochet  
Constitución: Ester Albornoz

## PROVINCIA DE ÑUBLE

Chillán: Esther Martín A.  
San Carlos: Ofelia Caro R.

## PROVINCIA DE CONCEPCION

Concepción: Domitila Urrutia  
Tancahuano: Viola Guzmán  
Florida: J. Amelie Mourgues

## PROVINCIA DE ARAUCO

Lebu: Emma Hanne  
Cañete: Zenobia Godoy

## PROVINCIA DE BIO-BIO

Los Angeles: Fresia Contreras  
Mulchén: Blanca Esteta Ibieta

## PROVINCIA DE MALLECO

Angol: Rosa Kind  
Victoria: Emilia Muñoz G.

## PROVINCIA DE CAUTIN

Temuco: Cristina Marín  
Nueva Imperial: Berta Gutiérrez  
Lautaro: María del Solar

## PROVINCIA DE VALDIVIA

Valdivia: Rosario Guarda  
La Unión: Emma Grob W.

## PROVINCIA DE LLANQUIHUE

Puerto Montt: Margarita Moreno  
Osorno: Hanny Franke  
Calbuco: Isabel Mayorga

## PROVINCIA DE CHILOE

Ancud: Isabel Bahamonde

## PROVINCIA DE MAGALLANES

Punta Arenas: Antonieta Blanchard



1



2

CONCURSO



3

DE BELLEZAS



4



5



6



7



8



9



10



11



12



13



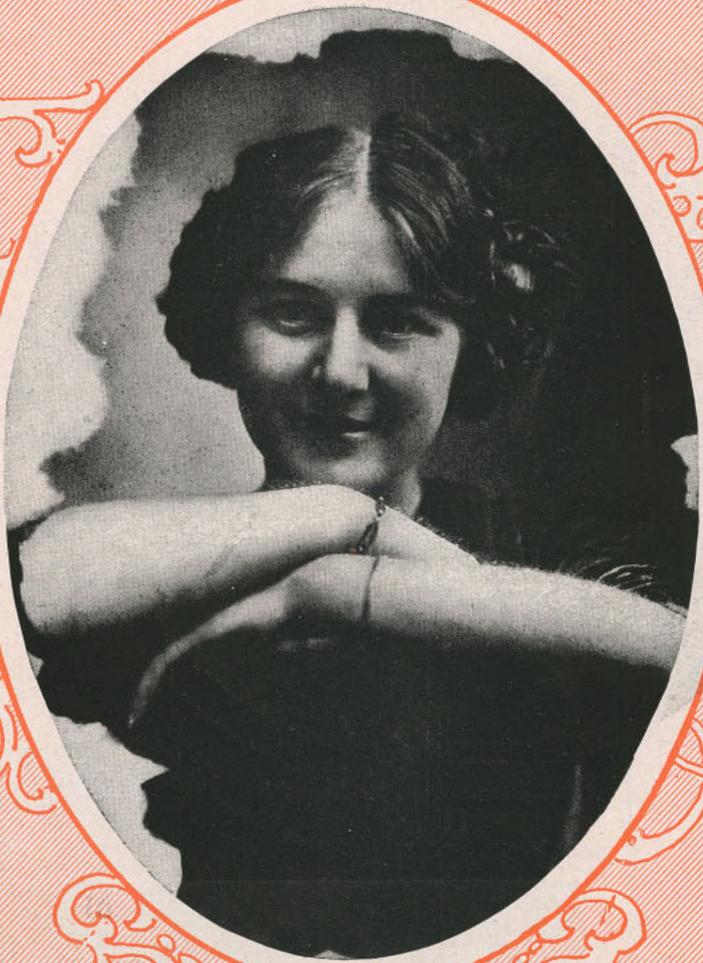
14



15



16



17



18



19



20



21



22



23



24



25



26



27



28



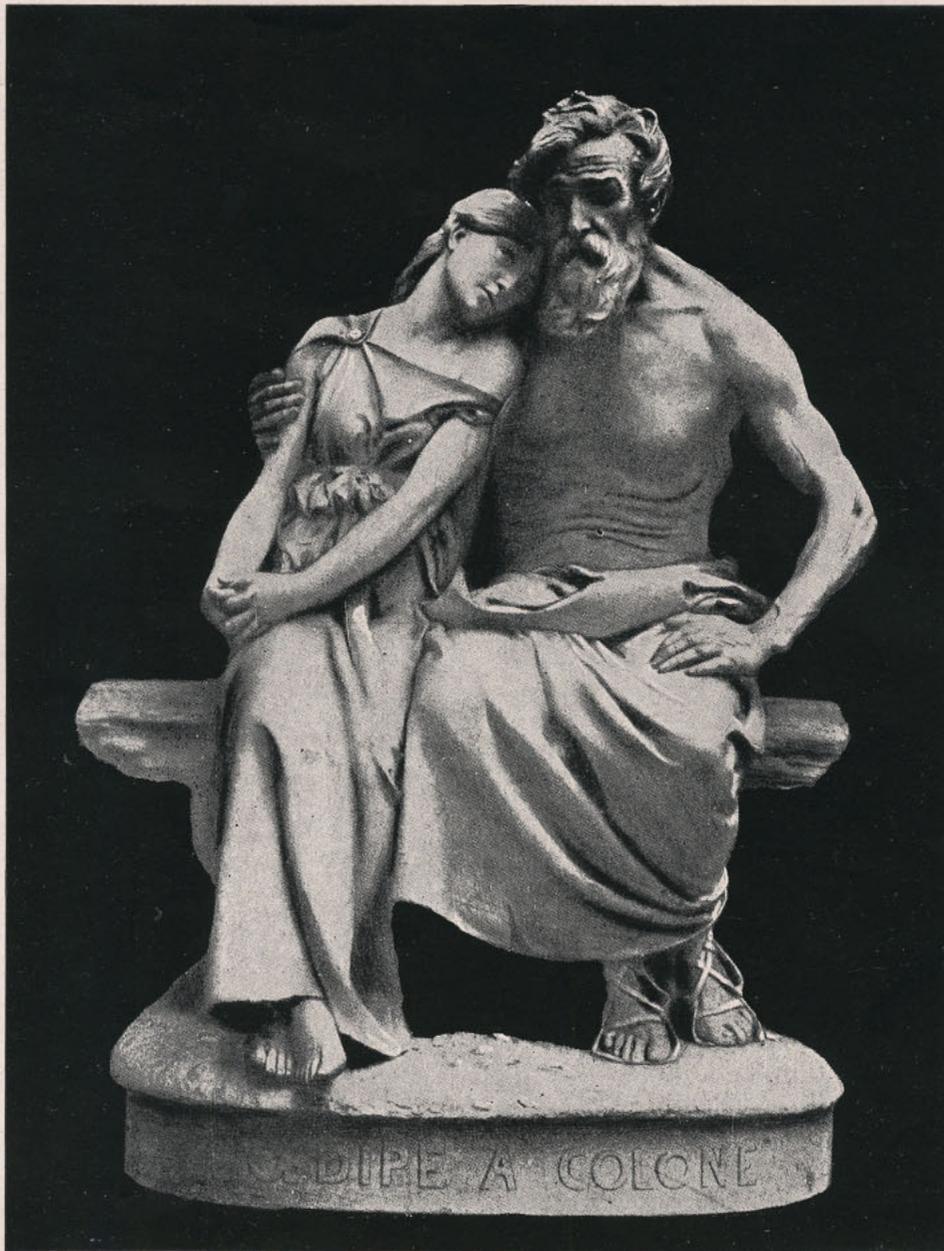
29



30



31



EDIPO Y SU HIJA ANTIGONA EN COLONA ESCULTURA DE M. HUGUES

## SUMARIO

	Págs.		Págs.
TEXTO		GRABADOS	
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco .....	154	Señorita Herminia Munizaga Waddington .....	153
Un talento contemporáneo, Félix Nieto del Río .....	156	A las víctimas de la aviación, L. de Monard .....	155
El Retorno de la Primavera, Antonio Bórquez Solar .....	158	La lectora, J. Bail .....	159
Caridad, F. Sant-Iván .....	159	Una leyenda de Waterloo, cuadro de Lionel Edwards (inserción) .....	159
La trampa, B. Vicuña Subercaseaux .....	161	Retrato ecuestre del General Baquedano, Pedro Subercaseaux .....	161
Manon, C. González P. ....	164	El Artista y su modelo (tricromía) .....	163
Daniel Riquelme, F. Ruíz .....	165	Napoleón prisionero a bordo del "The Bellerophen", W. Q. Orchardsen. ....	166
Las máscaras en el teatro, Domingo Melfi, Demarco .....	169	El Príncipe de Gales a su mayor edad civil .....	168
La muerte del Emperador del Japón, Luis Cano .....	171	La Dama del traje de terciopelo, agua fuerte de Etienne ...	173
Cyrano.—Cuenta, Robert de Pré-Hécy .....	174	Sonando despierta... ..	180
La evolución de la escultura griega, Francisco de B. Echeverría. ....	175		
Conversando sobre Arte, Richon Brunet .....	178		

### Estado de la votación definitiva del Concurso de Belleza de "Selecta", que terminará en el próximo mes

Por el número uno.. .. .	702 votos	Por el número catorce.. .. .	510 votos
" " " tres.. .. .	624 "	" " " quince.. .. .	552 "
" " " cuatro.. .. .	428 "	" " " dieciséis.. .. .	217 "
" " " cinco.. .. .	391 "	" " " diecisiete.. .. .	31 "
" " " seis.. .. .	51 "	" " " dieciocho.. .. .	551 "
" " " siete.. .. .	487 "	" " " diecinueve.. .. .	41 "
" " " nueve.. .. .	540 "	" " " veinte.. .. .	492 "
" " " diez.. .. .	148 "	" " " veintidós.. .. .	119 "
" " " once.. .. .	1,087 "	" " " veinticuatro.. .. .	118 "
" " " doce.. .. .	22 "	" " " veinticinco.. .. .	52 "
" " " trece.. .. .	50 "	" " " veintinueve.. .. .	861 "
		" " " treinta y uno.. .. .	516 "

Exíjase con el presente número el suplemento que contiene el voto para el Concurso de Belleza.